

Peregrinos *de* Esperanza

PLAN DE FORMACIÓN PARA EL JUBILEO 2025



Peregrinos de Esperanza

PLAN DE FORMACIÓN PARA EL JUBILEO 2025



ARZOBISPADO
DE VALENCIA

© Arzobispado de Valencia

Edita:
Arzobispado de Valencia
Vicaría de Evangelización

Diseño y producción gráfica:
walk[think]
walkthink.es

Portada:
Puerta Santa de la Basílica de San Juan de Letrán (Roma)

SUMARIO

Dei Verbum

LA REVELACIÓN COMO PALABRA DE DIOS	17
LA TRADICIÓN	27
LA SAGRADA ESCRITURA EN LA VIDA DE LA IGLESIA	39

Sacrosanctum Concilium

LA LITURGIA EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA	55
VIVIR LA LITURGIA EN LA PARROQUIA	65
EL DOMINGO, UN REGALO DE DIOS A SU PUEBLO	75

Lumen Gentium

EL MISTERIO DE LA IGLESIA Y LA SANTIDAD COMO VOCACIÓN UNIVERSAL	89
LA IGLESIA ES PARA LA EVANGELIZACIÓN	99
EL MINISTERIO ORDENADO, LOS LAICOS Y LA VIDA CONSAGRADA	109

Gaudium et Spes

EL GRAN TEMA DEL SENTIDO DE LA VIDA	121
LA FAMILIA	131
EL DIÁLOGO COMO INSTRUMENTO	147

PRESENTACIÓN

El próximo año 2025 la Iglesia Universal celebrará el Jubileo Ordinario, una cita, que viene repitiéndose periódicamente, desde que, en el año 1300, fuera instituido por el Papa Bonifacio VIII. Con este motivo, el Papa Francisco, envió, en el mes de febrero del pasado año 2022, una carta, a Mons. Rino Fisichella, arzobispo Rino F., Pro Pro-Prefecto Rino F., presidente del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, pidiéndole que “encontrara las maneras apropiadas para que el Año Santo se prepare y se celebre con fe intensa”.

Nuestro arzobispo, D. Enrique, en una serie de cartas que dirigió a la diócesis, en el inicio del presente curso pastoral, nos animaba a la preparación del Año Jubilar, en estos términos: “El Papa propone recordar las enseñanzas de las cuatro constituciones del Concilio Vaticano II, que deben seguir orientando y guiando al santo pueblo de Dios, para que progrese en la misión de llevar el gozoso anuncio del Evangelio a todos”.

Por este motivo, la Vicaria de Evangelización, siguiendo las indicaciones de nuestro arzobispo, y utilizando la propuesta del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización, edita ahora estos materiales, que propone a toda la archidiócesis, para que, desde ahora, y hasta el final del presente curso pastoral, puedan ser utilizados, en reuniones de grupos de distinta índole, y como instrumento para la formación, la reflexión y la oración.

El Papa Francisco recordaba a Monseñor Fisichella que “El Jubileo ha sido siempre un acontecimiento de gran importancia espiritual, eclesial y social, en la vida de la Iglesia”; a su vez, D. Enrique, en su primera carta, nos ha recordado el lema del Año Jubilar: “PEREGRINOS DE ESPERANZA”, y nos ha dicho que “El Año Jubilar es un momento de gracia, caracterizado por el perdón de los pecados, y en particular, por la indulgencia, expresión plena de la misericordia de Dios”.

En nombre propio, y en el de la comisión preparatoria, deseamos que estos contenidos, ayuden a todos a profundizar, en el conocimiento, del gran acontecimiento eclesial que supuso la celebración del Concilio Vaticano II, y a prepararnos espiritualmente para la celebración del Año Santo.

Juan Melchor Seguí Sarrió
Vicario Episcopal de Evangelización

JUBILEO 2025

Peregrinos de Esperanza

Introducción

En el año 2025 la Iglesia Católica celebrará un Jubileo Ordinario que tiene como lema “Peregrinos de Esperanza”. El Jubileo es un año particular durante el cual se nos invita a acercarnos de un modo especial a Dios y a acoger su amor y su misericordia. El Jubileo está caracterizado por algunos signos como son la peregrinación, la oración, la reconciliación, la indulgencia...

Actualmente, el Jubileo Ordinario se celebra cada 25 años y puede estar ligado a algún acontecimiento significativo para la Iglesia. En este caso, el sexagésimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II.

Este material de reflexión que presentamos tiene como finalidad que se prepare y se celebre este Jubileo con fe intensa, esperanza viva y caridad operante, para que el pueblo cristiano lo viva en todo su significado pastoral.

Quizá, al leer estas líneas, pensemos, con una sensación de saturación: “Otra reflexión más”. Y quizá, pensando en la realidad de nuestra parroquia, asociación, movimiento, comunidad... sintamos que este tema tiene poco que ver con nuestro día a día y tengamos la tentación de dejarlo de lado. Sin embargo, esta reflexión que se propone tiene mucho que ver con nuestra realidad eclesial, tanto parroquial como diocesana, y puede suponer un impulso para nuestra misión evangelizadora.

En estos primeros veinticinco años del siglo XXI, hemos experimentado el cambio sufrido en nuestro estilo de vida, en nuestras comunidades parroquiales, en nuestra Iglesia, despertándose a menudo la duda, el miedo y el desconcierto en nuestras almas. Por eso, necesitamos hacer nuestro el lema de este Jubileo, para mantener encendida la llama de la esperanza que nos ha sido dada, porque como ha indicado Mons. Enrique Benavent, nuestro Arzobispo, **una Iglesia que viva su misión sin esperanza no puede aportar nada valioso a nuestro mundo. Cada cristiano debe sentirse llamado a una participación responsable en la vida de la comunidad cristiana** (*Carta semanal 5-10-2023*), y hacer todo lo posible para recuperar la fuerza de mirar al futuro con mente abierta, corazón confiado y amplitud de miras.

El Papa Francisco nos enseña que **la esperanza cristiana se basa en la fe en Dios que siempre crea novedad en la vida, crea novedad en el cosmos. Nuestro Dios es el Dios que crea novedad, porque es el Dios de las sorpresas** (*Papa Francisco, Audiencia 23-8-2017*).

En este sentido, tanto los signos del Jubileo como la dimensión espiritual del mismo, que nos invita a la conversión personal y comunitaria, deben unirse a aspectos fundamentales de la vida social y eclesial. De ahí que el punto de partida del Jubileo sea la oración, porque **una vida eclesial sin la profundidad que dan la oración y el encuentro con Dios deriva hacia el activismo y la superficialidad. Si los cristianos abandonamos la plegaria, perdemos el sentido de Dios y, con ello, el elemento fundamental en la vivencia de nuestra fe** (*Carta semanal 11-10-2023*).

El Jubileo deberá ser un momento de conversión personal y de renovación pastoral.

Por eso, en este tiempo de nueva evangelización y, en muchos casos, de primer anuncio, puede suponer una etapa significativa para la pastoral parroquial y diocesana, ya que **el Jubileo debería servir para recentrar la vida de nuestra diócesis en la perspectiva del Concilio** (*Carta semanal 5-10-2023*).

Te ofrecemos este instrumento sencillo con el que profundizar en las constituciones del Concilio Vaticano II, no desde un punto de vista teórico o intelectual, sino para cuestionarnos “nuestro ser Iglesia, nuestra vivencia de los sacramentos, el lugar que ocupa la Palabra de Dios en la vida de nuestras parroquias y comunidades, y cómo nos situamos como Iglesia en la sociedad” (*cfr. Carta Semanal 5-10-2023*).

Para llevar a cabo la reflexión, es muy conveniente que haya un acompañante que se encargue de distribuir el tiempo, coordinar el diálogo y animar la participación.

El material está estructurado de la siguiente forma:

- Se ofrece un breve resumen del desarrollo del Concilio Vaticano II, que ayudará a situar la reflexión en su contexto histórico.
- Las catequesis que aquí se ofrecen se centran en las cuatro Constituciones Conciliares, y de cada una de ellas ofrecemos tres temas medulares, que podrá, tratarse en el orden que se entienda más útil. En total son 12 catequesis, 3 por cada Constitución..
- Cada catequesis, consta de un tema que se desarrolla por medio del siguiente esquema:
 1. Oración del Jubileo.
 2. Un texto bíblico, relacionado con el contenido del tema. Tras la lectura del texto bíblico, conviene dejar un tiempo de silencio para interiorizarlo y, si se considera oportuno, compartir ecos de la Palabra.
 3. Un resumen del tema, que puede leerse o verse en video (disponible en la página web: www.cuadernosdelconcilio.com)
 4. Un texto extraído de la Constitución que se está reflexionando.
 5. Unas preguntas para centrar y profundizar la reflexión personal.
 6. Una propuesta de acción comunitaria para concretar lo reflexionado.
 7. Finalizaremos con el rezo del Padrenuestro.

Quien desee conocer los documentos íntegros que se han editado con ocasión del Jubileo, están disponibles en librerías religiosas y también pueden descargarse desde la página web: www.cuadernosdelconcilio.com

Os animamos a llevar adelante esta reflexión, para que las cuatro Constituciones del Concilio Vaticano II sigan orientando y guiando al Pueblo de Dios, ayudando a la renovación de las parroquias, de modo que progrese nuestra misión de llevar el gozoso anuncio del Evangelio a todos.

Para comenzar, y como hemos indicado, a continuación os ofrecemos un resumen del desarrollo del Concilio Vaticano II.

EL CONCILIO VATICANO II:

HISTORIA Y SIGNIFICADO PARA LA IGLESIA

Tras la muerte de Pío XII en 1958, los cardenales eligieron sucesor al patriarca de Venecia, Angelo Giuseppe Roncalli, que adoptó el nombre de Juan XXIII. Su elección fue favorecida por su avanzada edad. En realidad, los cardenales electores pensaban en un papado de transición.

No pensaba lo mismo el elegido; se sentía llamado por la Providencia a guiar a la Iglesia para ir al encuentro y aliviar los sufrimientos de las mujeres y los hombres de nuestro tiempo. Nada más ser elegido, pensó en un concilio ecuménico, en una gran asamblea de prelados católicos provenientes de todos los países en los que la Iglesia estaba presente. A través de los cardenales y los obispos, todos los católicos del mundo participaban en aquel acontecimiento extraordinario.

Además, el futuro concilio no estaba llamado a resolver problemas internos de la Iglesia, sino a aprender a mirar a sus hermanos, los hombres, con simpatía y solidaridad, para llevar el anuncio de Cristo al mundo.

La decisión del Papa fue acogida más bien con frialdad por la Curia Romana. En cambio, los fieles reaccionaron por lo general con entusiasmo. La fecha de inicio de la gran asamblea fue fijada para el 11 de octubre de 1962.

Era necesario establecer los temas que había que debatir, preparar unos textos que sirvieran a los padres conciliares como base de sus discusiones, y establecer quién tenía que participar en la gran asamblea. Se dio igualmente un nombre al próximo concilio: «Vaticano II» porque sucedía al Vaticano I.

Como miembros con pleno derecho de participación en la asamblea conciliar sólo fueron llamados los obispos católicos de todo el mundo, que podían asistir acompañados de un secretario o un eclesiástico de su confianza.

Luego estaban los expertos, en su mayoría teólogos, que estaban implicados tanto en la fase de preparación de los textos como en el desarrollo del Concilio. No podían votar, pero ejercieron una influencia decisiva.

En calidad de oyentes también fueron invitados algunos laicos. No tenían derecho a la palabra, a no ser que fueran invitados expresamente por el presidente de la asamblea. Por último, fueron también invitadas como oyentes algunas mujeres. Laicos y laicas pudieron así ejercer una cierta influencia en la Comisión para el Apostolado de los Laicos.

El solemne inicio tuvo lugar el 11 de octubre de 1962. El Papa exhortaba a los obispos a hablar con libertad confiando en el auxilio de Dios y aspirando no tanto a definir nuevas doctrinas, sino más bien a un cambio de actitud.

En la fase de preparación fueron constituidas unas comisiones que por lo general estaban presididas por un cardenal de la curia con la tarea de preparar los textos que había que someter al debate conciliar. Las comisiones preparatorias habían preparado alrededor de 70 esquemas para la misma cantidad de documentos. Muchos eran repetitivos, otros trataban argumentos demasiado particulares. De este modo, el Concilio corría el riesgo de transformarse en una repetición estanca de argumentos ya conocidos.

Pero dos reuniones tuvieron una impronta positiva para su posterior desarrollo. En una de las primeras sesiones, los obispos fueron llamados a elegir a los miembros de

las comisiones encargadas de reelaborar los textos ya preparados. Se distribuyó un elenco de nombres que, en esencia, volvía a proponer a los teólogos romanos que habían preparado esos mismos documentos. Sin embargo, los obispos rechazaron este modo de proceder y consiguieron elegir a expertos procedentes de todo el mundo católico, sobre todo de países del centro norte de Europa.

En otra reunión se llevó a votación el esquema sobre la divina revelación. El documento preparado resultó ser más bien decepcionante. La mayoría de los obispos votó no sólo por una revisión, sino también para reescribir totalmente el texto. El Papa intervino a favor de la decisión de los obispos.

En los días que siguieron inmediatamente a la conclusión de la primera sesión del Concilio, apareció una noticia inquietante: el Papa estaba seriamente enfermo. La muerte le sobrevino la tarde del 3 de junio de 1963.

La muerte de Juan XXIII dejó un profundo vacío. Algunos temían por la continuidad del Concilio. Otros, sobre todo en la curia, deseaban poner fin a aquello que consideraban como una aventura peligrosa y dañina para la autoridad del Papa e indirectamente para la propia curia.

Los cardenales eligieron el 21 de junio de 1963 al cardenal de Milán Giovanni Battista Montini, que adoptó el nombre de Pablo VI. El día después de su elección, confirmó la voluntad de retomar el Concilio y estableció la fecha de la segunda sesión para el 29 de septiembre de 1963.

En la reunión inicial de la segunda sesión, el nuevo Papa propuso a los obispos que el Concilio debía animar a una mejor conciencia de la Iglesia sobre sí misma, favorecer su renovación, procurar conseguir la unidad de los cristianos y el diálogo con el mundo contemporáneo.

Todavía quedaban muchos documentos por examinar. El Papa decidió confiar a uno de los moderadores la tarea de elaborar un plan para reducir drásticamente los documentos, muchos de los cuales eran además repetitivos. Algunos obispos progresistas tenían el temor de que esto fuera para poner freno a la libertad del Concilio. Pero Pablo VI confirmó la necesidad de proceder con más rapidez, al mismo tiempo que aseguraba querer llevar a cabo las reformas auspiciadas por los padres conciliares.

La tercera sesión comenzó el 14 de septiembre de 1964 con una gran novedad en el campo litúrgico. El debate fue precedido por una Misa celebrada por el Papa junto con 24 padres conciliares. En la liturgia católica, la Misa no debía ya por tanto ser celebrada por un único sacerdote, sino que podía ser concelebrada por más sacerdotes reunidos ante el mismo altar. Era una de las primeras reformas en el campo litúrgico aprobadas por el Vaticano II.

El texto reescrito de la futura constitución sobre la divina revelación fue bien recibido. En cambio, la última constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo dio pie a un largo debate. Algunos padres reprobaban que tuviera una lectura principalmente sociológica. Otros argumentaban que partiera de una consideración demasiado optimista del mundo contemporáneo. Al final se decidió confiar a algunos expertos alemanes, entre los cuales se encontraba el futuro Benedicto XVI, la tarea de hacer que el texto fuera más próximo a la realidad.

Muy discutido fue el esquema sobre el apostolado de los laicos. Algunos padres conciliares pedían una mayor implicación de los laicos tanto en la redacción definitiva del

documento como en la vida de la Iglesia. Otros padres insistían en la obediencia que los laicos deben a la jerarquía y en la actividad pastoral de cada uno más que la de grupo de laicos. Al final se llegó al acuerdo de reenviar la aprobación del texto a la cuarta sesión, implicando más en la revisión del texto a los laicos presentes en el Concilio.

Otro argumento muy debatido fue el de la libertad religiosa. La mayoría de los obispos de Italia y España, donde la presencia cristiana era entonces ampliamente mayoritaria, insistían en mantener el estatuto de la religión de Estado. Numéricamente, los obispos a favor del pleno reconocimiento de la libertad religiosa a todas las religiones o confesiones religiosas eran mayoría. Sin embargo, se decidió volver a revisar el documento para poder favorecer una mayoría aún más extensa.

Los trabajos de la última sesión se pueden dividir en dos partes. En la primera se llevaron las últimas propuestas para mejorar los textos ya examinados. En la segunda se sometieron a voto los textos reelaborados de manera definitiva.

En la reunión del 7 de diciembre de 1965, vigilia de la solemne conclusión del Vaticano II, el Papa hizo un anuncio de alcance histórico. El obispo de Roma y el patriarca ecuménico, como consecuencia del intenso trabajo del Secretariado para la Unidad de los Cristianos, habían decidido anular la excomunión que ambas Iglesias se habían intercambiado recíprocamente en 1054.

El Vaticano II se clausuró al día siguiente, el 8 de diciembre. El Papa invitó a obispos y observadores a trabajar, cada uno en su propio ámbito, en «la renovación del pensamiento, la acción, las costumbres, la fuerza moral, la alegría y la esperanza». Éste había sido el fin del Concilio. Ahora era necesario pasar a la segunda fase: la aplicación de las disposiciones conciliares. Un proceso que no estuvo exento de desencuentros y disensiones entre los partidarios de cambios rápidos e improvisados y los defensores de tradiciones que ya no eran acordes a los tiempos.

Conclusión

¿Cuál ha sido el significado de este extraordinario acontecimiento que, según el Papa Francisco, tiene consecuencias importantes en la actualidad? Como veremos en los temas de reflexión, los cambios han sido numerosos e importantes, y los resumimos a partir de las cuatro constituciones, los textos más importantes aprobados por los padres que tomaron parte en el Vaticano II:

“Sacrosanctum Concilium”, sobre la liturgia.

“Lumen Gentium”, sobre la Iglesia.

“Dei Verbum”, sobre la divina revelación.

“Gaudium et Spes”, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Aparte de las cuatro Constituciones, los Documentos Conciliares contienen nueve Decretos y tres Declaraciones, siendo en total 16 Documentos.

**1.1 | LA REVELACIÓN
COMO PALABRA DE DIOS**

DV 1-5

1.2 | LA TRADICIÓN

DV 7-10

**1.3 | LA SAGRADA ESCRITURA
EN LA VIDA DE LA IGLESIA**

DV 21-26

DEI VERBUM

TEMA 1: LA REVELACIÓN COMO PALABRA DE DIOS

(DV 1-5)

1. Oración inicial

Señor Jesucristo, tú nos has enseñado a ser misericordiosos como el Padre del cielo, y nos has dicho que quien te ve, lo ve también a Él. Muéstranos tu rostro y obtendremos la salvación.

Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo y a Mateo de la esclavitud del dinero; a la adúltera y a la Magdalena de buscar la felicidad solamente en una creatura; hizo llorar a Pedro luego de la traición, y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido. Haz que cada uno de nosotros escuche como propia la palabra que dijiste a la samaritana: ¡Si conocieras el don de Dios!

Tú eres el rostro visible del Padre invisible, del Dios que manifiesta su omnipotencia sobre todo con el perdón y la misericordia: haz que, en el mundo, la Iglesia sea el rostro visible de Ti, su Señor, resucitado y glorioso.

2. Escuchamos la Palabra (Juan 1, 1-14)

En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. Y la luz brilla en la tiniebla, y la tiniebla no lo recibió. Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: este venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. No era él la luz, sino el que daba testimonio de la luz. El Verbo era la luz verdadera, que alumbra a todo hombre, viniendo al mundo. En el mundo estaba; el mundo se hizo por medio de él, y el mundo no lo conoció. Vino a su casa, y los suyos no lo recibieron. Pero a cuantos lo recibieron, les dio poder de ser hijos de Dios, a los que creen en su nombre. Estos no han nacido de sangre, ni de deseo de carne, ni de deseo de varón, sino que han nacido de Dios. Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Hacemos eco de la Palabra

Después de escuchar la Palabra de Dios, hacemos un momento de silencio para interiorizarla y a continuación podemos hacer un poco de eco, lo que la Palabra nos sugiere en estos momentos. No debe ser un tiempo demasiado largo, más bien breve y participativo.

3. Tema y comentario

En la larga historia de la revelación de Dios al hombre, el vehículo privilegiado con el que se dirige al pueblo y a cada uno es el de la «palabra». Por lo tanto, decir que Dios usa la «Palabra» equivale a afirmar que Dios habla. En la historia bíblica está presente el coloquio permanente entre Dios y los hombres a la luz de una promesa. Una historia que es una preparación de la revelación que encontrará su culmen en Jesús de Nazaret. El Hijo de Dios realiza la promesa y revela el verdadero rostro de Dios como un Padre que ama.

Hoy en día Dios sigue hablando a su Iglesia para abrirle los tesoros escondidos de la revelación y encaminarla hacia el sentido cada vez más profundo de la verdad revelada.

La «Palabra» sirve a Dios para «revelarse», revelación como iniciativa gratuita de Dios que entra en relación con el hombre. **La revelación consiste en el «hablar» de Dios con los hombres como si fueran verdaderos «amigos»** que se conocen desde hace tiempo y con los que se comparte también mucho tiempo. Porque la revelación busca compartir la vida de Dios.

Ante la expresión «Palabra de Dios», el concilio no entiende un «hablar» genérico del Padre, sino que da testimonio del acontecimiento definitivo de su intervención en la historia: el misterio de la encarnación del Hijo. **Él es la Palabra pronunciada desde siempre que ahora se hace también visible. La revelación asume por tanto la característica de un verdadero coloquio que Dios realiza con los hombres a través de Jesucristo, Palabra hecha carne.**

Cuando se habla de la revelación, **¿cuáles son las fuentes para conocer que Dios se ha revelado de verdad?** La Dei Verbum no renuncia a este interrogante. **La Sagrada Escritura y la Tradición son la única Palabra de Dios transmitida de formas diferentes. La gran y justa preocupación de la Dei Verbum es la de resaltar el carácter vivo de la «Palabra de Dios»** que compromete la fe de la Iglesia y de los creyentes.

Cuando Dios habla, la primera respuesta que pide es el silencio de la escucha. La Dei Verbum, desde sus primeras palabras, permite descubrir el valor del silencio como condición necesaria para que la «palabra» tenga su valor y alcance su significado. Para descubrir la riqueza contenida en los textos sagrados, es fundamental el silencio que contienen porque abren horizontes inesperados bajo la acción del Espíritu Santo.

La obediencia es la otra cara de la escucha. En resumen, **con la fe, el creyente se abandona en Dios plenamente, con todo su ser, y cree que la Palabra que le es dirigida proviene verdaderamente de Dios para salvarlo.**

Revelando el misterio de la propia existencia personal, Dios abre a la vida de comunión con él. Esta es la verdad profunda de la revelación. **Solo quien tiene familiaridad con la Palabra de Dios puede convertirse en anunciante veraz y creíble.** Esta comunión de vida es la condición fundamental exigida a la Iglesia en su relación con Dios y a todos los creyentes en Cristo.

La revelación, por tanto, es la Palabra de Dios dirigida a la Iglesia que en el silencio de la escucha debe crear unas condiciones de respuesta coherente a la propuesta que se le presenta. Cuando Cristo habla con su esposa la Iglesia, espera de ella la reacción adecuada para ser en el mundo « signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano» (LG 1).

Se pueden esquematizar brevemente **tres propuestas que realiza la Iglesia con la Palabra de Dios: narrar, evocar y transformar.**

La primera consiste en **narrar**. La Palabra de Dios cuenta las distintas circunstancias que constituyen el acontecimiento de la salvación. El valor narrativo de la Palabra no impide ver en ella su forma normativa para la vida de la Iglesia.

Un segundo elemento consiste en **evocar**. Esto es característico del lenguaje litúrgico cuando la Iglesia se encuentra ante el misterio y comprende el límite de las propias palabras

y la imposibilidad de poder decir todo. Lo que se dice es mucho más. En el contexto litúrgico, la Palabra de Dios, que es proclamada de manera eficaz, evoca la exigencia de una escucha siempre nueva.

Una última reacción se expresa en **la transformación**. La Palabra de Dios es un lenguaje performativo. Es una Palabra que crea y transforma, y además involucra al creyente cuando la escucha, porque se siente llamado a convertirse en discípulo de Cristo. La llamada a ser testigos veraces de la Palabra de Dios compromete a la Iglesia para que sea fiel a su Señor y viva de manera coherente con su llamada y también a cada creyente, que debe ser signo visible y tangible del amor de Dios que transforma la existencia.

La Dei Verbum, al presentar el gran tema de la Palabra de Dios, se convierte asimismo en una provocación para reflexionar sobre la propia misión de la Iglesia y del creyente: la evangelización, una clara impronta misionera que provoca en los creyentes una doble reflexión.

Por un lado, su invitación a tomar en serio el valor de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. **El «Domingo de la Palabra de Dios», instituido por el papa Francisco es realmente una respuesta a la solicitud de la Dei Verbum. Esta Palabra ha de difundirse entre las personas, los pueblos, las calles de nuestras ciudades, entrar en nuestras casas y encontrar allí el espacio de escucha y acogida para que traiga la salvación.**

Y por otro, **la Dei Verbum plantea un nexo entre la Palabra de Dios y la verdad.** En esta acción misionera no hay distinción alguna, todos son llamados a ser ministros de la Palabra y sus servidores en virtud del bautismo recibido. Si la misión de la Iglesia prescindiese de la cuestión de la verdad, entonces su propuesta de fe no podría ser original.

Por eso, **resulta imprescindible que la Palabra de Dios alimente la vida de los creyentes para que su testimonio permanezca como forma visible de la vocación de transformar el mundo.**

4. Textos de la Constitución Dogmática Dei Verbum

Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación (DV 2).

Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los Profetas, "últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo". Pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que viviera entre ellos y les manifestara los secretos de Dios; Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, "hombre enviado, a los hombres",

"habla palabras de Dios" y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió. Por tanto, Jesucristo -ver al cual es ver al Padre-, con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos; finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio divino que vive en Dios con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna. La economía cristiana, por tanto, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará, y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Tim., 6,14; Tit., 2,13). (DV 4).

5. Preguntas y reflexiones

- ¿Que entendemos normalmente cuando oímos hablar de revelación de Dios?
- ¿Se vive normalmente la fe como entrega voluntaria y libre del ser humano al Dios que revela y quiere hacernos partícipes de su vida divina?
- La idea de «revelación» que propone el Concilio, ¿ha influido de algún modo en el presentar la doctrina cristiana en la catequesis, predicación, etc.?
- ¿Qué consecuencias debería tener para la misión evangelizadora de la Iglesia que Dios haya querido revelarse por medio de palabras y obras?
- ¿Se vive en nuestros ambientes el carácter central que tiene Jesucristo en la revelación?
- ¿Cómo podemos aplicar esto a nuestra vida personal y comunitaria?

6. Padre Nuestro

TEMA 2: LA TRADICIÓN

(DV 7-10)

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra (1ª Jn 1, 1-4)

Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que contemplamos y palparon nuestras manos acerca del Verbo de la vida; pues la Vida se hizo visible, y nosotros hemos visto, damos testimonio y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. Eso que hemos visto y oído os lo anunciamos, para que estéis en comunión con nosotros y nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto, para que nuestro gozo sea completo. Este es el mensaje que hemos oído de él y que os anunciamos: Dios es luz y en él no hay tiniebla alguna. Si decimos que estamos en comunión con él y vivimos en las tinieblas, mentimos y no obramos la verdad. Pero, si caminamos en la luz, lo mismo que él está en la luz, entonces estamos en comunión unos con otros, y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.

3. Tema y comentario

Las tradiciones, son fundamentales para entender el presente. **Sin tradición no existiría la historia, no se podría comprender el momento que vivimos ni el futuro y la misma tradición es un incentivo al verdadero progreso y desarrollo.**

En un contexto cultural cada vez más carente del sentido de la historia como maestra de vida, **a la propia religión le resulta imprescindible volver a proponer el valor normativo de la tradición.** Es una propuesta de “responsabilidad creativa” que encuentra fundamento en el pasado, pero con la obligación de crear en el presente sin ceder a la nostalgia, sino más bien impregnados de esperanza. En este contexto, la religión **tiene la exigencia de conservar lo que merece la pena y de transmitir con mayor convicción lo que se ha recibido.**

La Iglesia tiene su propia Tradición que brota del Evangelio y se ha enriquecido a lo largo de los siglos por la reflexión y la oración de los cristianos. **Se podría decir que todo lo que poseen hoy los cristianos pertenece y ha sido transmitido por ella. En el centro está Jesucristo**, el corazón palpitante de la fe cristiana, **revelador del Padre por medio de quien recibimos al Espíritu Santo.** A partir de ello brotan innumerables conocimientos que la Tradición ha sabido mantener unidos y coherentes, y que en el tiempo se han convertido en patrimonio de la fe de toda la Iglesia.

El segundo capítulo de la Constitución Dei Verbum aborda el tema de la Tradición: en qué consiste, cómo se interpreta, qué contenidos le pertenecen; si se puede modificar, en qué condiciones. Estos argumentos pertenecen a la vida cotidiana de la Iglesia de nuestros días.

Dei Verbum explica que hay una sola fuente de la revelación que es la Palabra de Dios. Por tanto, no existen dos fuentes por las que los cristianos conocen su fe, la Sagrada Escritura y la Tradición, sino que surgen de una sola: la Palabra de Dios. **Los padres**

conciliares describen la Tradición como una iniciativa de Dios que quiso que todas las generaciones después de Jesucristo conocieran su Evangelio.

La Tradición trae consigo la predicación apostólica de la Palabra de Dios y comunicar los bienes divinos para que el anuncio sea eficaz. Dos momentos que son inseparables entre sí y que convierten la Tradición en un aspecto fundamental para la vida de la Iglesia. En esta fase inicial, **los apóstoles son los primeros ministros de la Palabra de Dios, y reconocen su primacía sobre cualquier otra actividad.**

Los Apóstoles, al transmitir lo que ellos mismos han recibido, advierten del deber de conservar las tradiciones que han aprendido y de combatir por la fe que se les ha transmitido de una vez para siempre. **Lo que transmitieron los Apóstoles abarca todo lo que contribuye a que el Pueblo de Dios lleve una vida santa y crezca en su fe; y así la Iglesia, en su doctrina, vida y culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree.**

Por eso, **la Tradición comporta la presencia de dos aspectos complementarios:** uno de **conservación** y otro de **evolución**. Ambos aspectos entran a veces en conflicto en la vida de la Iglesia cuando unos tienden sobre todo a salvaguardar la integridad del «depósito de la fe», mientras otros apelan a la exigencia de llegar a la plenitud de la verdad. Sin embargo, ninguna de las dos ha de sacrificar nada; la **Dei Verbum enseña que el Magisterio está llamado a ejercer su ministerio conservando y evolucionando de manera que el anuncio del Evangelio sea capaz en cualquier tiempo de suscitar la respuesta de fe.**

Se trata en definitiva de conservar con dinamismo la doctrina, la vida y la liturgia de la Iglesia que se ha transmitido desde los tiempos de los apóstoles de generación en generación. No es un complejo de doctrinas que los apóstoles comunicaron de modo secreto y de forma no escrita. Al contrario, **expresa la «regla de la fe»** enseñada de forma pública y conservada para que la «voz viva del Evangelio» no deje nunca de resonar en el corazón de las personas.

Esta Tradición que procede de los apóstoles progresa en la Iglesia bajo la asistencia del Espíritu Santo. Así, la Iglesia, con el correr de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella se consumen las palabras de Dios. Por esta Tradición, se da a conocer a la Iglesia el canon íntegro de los libros sagrados, y en ella las mismas sagradas letras se entienden más profundamente y se hacen constantemente eficaces. Y así **Dios, que se reveló en el tiempo, conversa sin interrupción con la Iglesia. Y en esa conversación, la Iglesia busca en el mundo, conducir a los creyentes a la verdad.**

Toda **la Iglesia es cadena de transmisión de la tradición:** Los pastores tienen la responsabilidad de mantener las enseñanzas de los apóstoles y de sus sucesores, pues, junto a todos los creyentes, tienen el encargo de conservar intacta la Tradición. Y **esta Tradición está viva porque la verdad que contiene se mantiene viva gracias a las personas que con una obra concreta de interpretación, crecimiento, adaptación e integración desarrollan la verdad del depósito de la fe.**

La Palabra de Dios debe seguir teniendo su impronta original, única e inagotable del sentido que Jesús le imprimió con toda su persona al querer revelar el misterio de la Trinidad y

ofrecer la salvación a la humanidad. Este criterio necesita ser encontrado siempre de nuevo y ser conservado y transmitido de forma fiel. **El presente de la Iglesia asume todo su valor significativo solo si es capaz de transmitir el patrimonio recibido, haciéndolo vivo y capaz de ser confiado al futuro de nuevas generaciones como la herencia prometida.**

4. Textos de la Constitución Dogmática Dei Verbum

Dispuso Dios benignamente que todo lo que había revelado para la salvación de los hombres permaneciera íntegro para siempre y se fuera transmitiendo a todas las generaciones. Por ello Cristo Señor, en quien se consuma la revelación total del Dios sumo, mandó a los Apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio, comunicándoles los dones divinos. Este Evangelio, prometido antes por los Profetas, lo completó El y lo promulgó con su propia boca, como fuente de toda la verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres. Lo cual fue realizado fielmente, tanto por los Apóstoles, que en la predicación oral comunicaron con ejemplos e instituciones lo que habían recibido por la palabra, por la convivencia y por las obras de Cristo, o habían aprendido por la inspiración del Espíritu Santo, como por aquellos Apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribieron el mensaje de la salvación.

Mas para que el Evangelio se conservara constantemente íntegro y vivo en la Iglesia, los Apóstoles dejaron como sucesores suyos a los Obispos, "entregándoles su propio cargo del magisterio". Por consiguiente, esta sagrada tradición y la Sagrada Escritura de ambos Testamentos son como un espejo en que la Iglesia peregrina en la tierra contempla a Dios, de quien todo lo recibe, hasta que le sea concedido el verbo cara a cara, tal como es (cf. 1 Jn., 3,2). (DV 7).

Así, pues, la predicación apostólica, que está expuesta de un modo especial en los libros inspirados, debía conservarse hasta el fin de los tiempos por una sucesión continua. De ahí que los Apóstoles, comunicando lo que de ellos mismos han recibido, amonestan a los fieles que conserven las tradiciones que han aprendido o de palabra o por escrito, y que sigan combatiendo por la fe que se les ha dado una vez para siempre. Ahora bien, lo que enseñaron los Apóstoles encierra todo lo necesario para que el Pueblo de Dios viva santamente y aumente su fe, y de esta forma la Iglesia, en su doctrina, en su vida y en su culto perpetúa y transmite a todas las generaciones todo lo que ella es, todo lo que cree.

Esta Tradición, que deriva de los Apóstoles, progresa en la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo: puesto que va creciendo en la comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas, ya por la contemplación y el estudio de los creyentes, que las meditan en su corazón y, ya por la percepción íntima que experimentan de las cosas espirituales, ya por el anuncio de aquellos que con la sucesión del episcopado recibieron el carisma cierto de la verdad. Es decir, la Iglesia, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina, hasta que en ella se cumplan las palabras de Dios.

Las enseñanzas de los Santos Padres testifican la presencia viva de esta tradición, cuyos tesoros se comunican a la práctica y a la vida de la Iglesia creyente y orante. Por esta Tradición conoce la Iglesia el Canon íntegro de los libros sagrados, y la misma Sagrada Escritura se va conociendo en ella más a fondo y se hace incesantemente operativa, y de esta forma, Dios, que habló en otro tiempo, habla sin intermisión con la Esposa de su amado Hijo; y el Espíritu Santo, por quien la voz del Evangelio resuena viva en la Iglesia, y por ella

en el mundo, va induciendo a los creyentes en la verdad entera, y hace que la palabra de Cristo habite en ellos abundantemente (cf. Col., 3,16). (DV 8)

5. Preguntas y reflexiones

- ¿Qué entendemos por «Tradición»?
- ¿Qué importancia tiene la Escritura y la Tradición en la vida de la Iglesia?
- ¿Cómo se vive en comunidad cristiana el hecho de que la Tradición eclesial une a nuestra Iglesia del siglo XXI, a través de los siglos, con los Apóstoles y con el mismo Cristo?
- ¿Qué responsabilidades tiene formar parte de un pueblo que «conserva, practica y profesa la fe recibida» de los Apóstoles?
- ¿Cómo se acepta hoy en los diferentes ambientes donde nos movemos la palabra del Magisterio de la Iglesia (Papa y Obispos)?
- ¿Cómo podemos llevar a nuestra vida el valor de la Tradición?

6. Padre Nuestro

TEMA 3: LA SAGRADA ESCRITURA EN LA VIDA DE LA IGLESIA

[DV 21-26]

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra (1 Pe 1, 22-25)

Hermanos, ya que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad hasta amaros unos a otros como hermanos, amaos de corazón unos a otros con una entrega total, pues habéis sido regenerados, pero no a partir de una semilla corruptible sino de algo incorruptible, mediante la palabra de Dios viva y permanente, porque Toda carne es como hierba y todo su esplendor como flor de hierba: se agosta la hierba y la flor se cae, pero la palabra del Señor permanece para siempre. Pues esa es la palabra del Evangelio que se os anunció.

3. Tema y comentario

La Dei Verbum compendia y presenta una nueva comprensión con respecto a elementos esenciales de la fe cristiana. Aborda la revelación, la relación entre Tradición y Escritura, el carisma de la inspiración bíblica y la verdad de la Biblia, el valor del Antiguo Testamento para los cristianos, la historicidad de los evangelios y el lugar que corresponde a la Biblia en la vida y la misión de la Iglesia.

Este aspecto, el lugar de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia es el que abordamos a continuación, para profundizar en ella, es bueno contar con el apoyo de la exhortación apostólica *Verbum Domini* del papa Benedicto XVI. Este documento hace visible que el lugar de la Sagrada Escritura es un camino todavía en curso que va madurando en el devenir de la Iglesia. A partir de ahora, entramos en un horizonte más pastoral que teológico, ya que, hablaremos de la existencia, la práctica, la propia vida de la Iglesia.

Este último capítulo de Dei Verbum, el capítulo sexto, es decisivo para pasar de la revelación entendida como diálogo entre Dios y el Hombre, al hecho de que Dios sale de sí mismo para ir al encuentro con el Hombre. Es decir, ahora nuestra atención se fija en la destinataria de esta revelación que es la Iglesia.

La Iglesia es consciente del significado de la Palabra de Dios en referencia al Verbo de Dios hecho carne, único salvador y mediador. Escuchando esta Palabra somos conducidos a reconocer que este es el fundamento de toda la realidad. Por tanto, venerar esta palabra es de gran importancia para la Iglesia. La mesa eucarística está hecha de Palabra y Sacramento.

Es imprescindible escuchar, vivir y acoger la Palabra en sintonía con la Tradición y la vida sacramental de la Iglesia. No existe una verdadera oración que no esté arraigada en la Escritura. De igual modo, también debe estar anclada a la Palabra, la predicación de la Iglesia. Conviene recordar que Jesús dio a los apóstoles el mandato de predicar el Evangelio.

La Biblia no es un libro más de nuestra biblioteca. La Escritura, se hace viva cuando está en la Iglesia quien se acerca a ella. Es ahí cuando ilumina a los creyentes su propia existencia personal, comunitaria y social. **Por eso, la Iglesia es consciente de la**

necesidad de poner la Palabra de Dios a disposición de todos y para ello el Concilio le pide que existan traducciones apropiadas de la Palabra de Dios correctas en diversas lenguas a partir de los textos originales.

Tenemos que permitir a la Escritura que se convierta para nosotros y para quien se acerque, en una fuente de vida interior y motivación. El camino que se abre a partir de la Dei Verbum tiene como finalidad pastoral que el creyente pueda mirarse con ojos nuevos a sí mismo y a los demás.

La Palabra de Dios va más allá de cualquier frontera. Atraviesa los límites puestos por el hombre y llega allí donde viven hombres y mujeres de otras religiones. Personas que quieren entrar en un diálogo que salva, como lo hizo Jesús cuando proclamó el Evangelio en Galilea. Por eso, **el concilio invita a colaborar con las demás denominaciones cristianas para realizar un trabajo común: realizar traducciones que puedan ser usadas por todos los cristianos.**

Hay que mencionar en este punto la especial relación entre cristianos y judíos con respecto a las Sagradas Escrituras. **La Dei Verbum no cita explícitamente la religión judía pero gracias a este documento, se ha posibilitado un diálogo cada vez más fecundo entre ambas confesiones y tanto el papa Benedicto XVI como el papa Francisco han reafirmado en varias ocasiones lo importante que es para la Iglesia este diálogo.**

Un aspecto muy importante que señala Dei Verbum es la importancia que tiene la Sagrada Escritura para la Teología. La reflexión teológica de la Iglesia ha de tener como alma la Escritura.

En este sentido, Dei Verbum plantea también dos recomendaciones: Por un lado, la necesidad de crear un estudio de la Escritura por parte de teólogos y exegetas y de su misión apostólica al servicio de toda la Iglesia. Este estudio estará abierto al mundo, no solo por motivos académicos o científicos, sino también porque es parte integrante de un auténtico servicio eclesial.

Por otro, se recomienda a todos los clérigos, sacerdotes, diáconos, catequistas y todos aquellos que se dedican legítimamente al ministerio de la Palabra, la lectura asidua de la Sagrada Escritura. Evitando, al mismo tiempo, el riesgo de convertirse en un erudito sin alma, es decir, sin capacidad de anunciar el Evangelio dando testimonio con su propia vida.

Este documento ofrece dos vías para realizar este encuentro de reconocimiento y amor: la liturgia y la lectura específica, única y acompañada por la oración que hagan los fieles cristianos.

La tarea de ayudar a los fieles a tener un mayor reconocimiento de la Escritura está en manos del obispo. A él le pertenece la misión de enseñar al Pueblo de Dios, pero esto no quiere decir que los demás miembros de la Iglesia no puedan o no deban hacer su parte. La Palabra de Dios alarga el corazón de la Iglesia y lo hace a todos los niveles: jóvenes, ancianos, presbíteros o laicos. Este es un camino que no se recorre en el tiempo de un tweet, sino gradualmente.

A partir de la Sagrada Escritura tenemos que comprendernos a nosotros mismos a la luz de Dios. **El hombre contemporáneo necesita más que nunca tener respuestas a las preguntas que se hace y es importante descubrir que solo Dios responde a la sed que está en el corazón de cada hombre.** La analogía de la Palabra de Dios indica a la persona de Jesucristo, Hijo del Padre, que, como hombre, usa palabras humanas para llenar el corazón de cada persona y ayudarlo a alcanzar su fin último, que es la Gloria de Dios.

4. Textos de la Constitución Dogmática Dei Verbum

La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles.

Es necesario, por consiguiente, que toda la predicación eclesial, como la misma religión cristiana, se nutra de la Sagrada Escritura, y se rija por ella. Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos; y es tanta la eficacia que radica en la palabra de Dios, que es, en verdad, apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente pura y perenne de la vida espiritual. Muy a propósito se aplican a la Sagrada Escritura estas palabras: "Pues la palabra de Dios es viva y eficaz", "que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santificados". (DV 21)

Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte "predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios que no la escucha en su interior", puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la Sagrada Liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina.

De igual forma el Santo Concilio exhorta con vehemencia a todos los cristianos en particular a los religiosos, a que aprendan "el sublime conocimiento de Jesucristo", con la lectura frecuente de las divinas Escrituras. "Porque el desconocimiento de las Escrituras es desconocimiento de Cristo". Lléguese, pues, gustosamente, al mismo sagrado texto, ya por la Sagrada Liturgia, llena del lenguaje de Dios, ya por la lectura espiritual, ya por instituciones aptas para ello, y por otros medios, que con la aprobación o el cuidado de los Pastores de la Iglesia se difunden ahora laudablemente por todas partes. Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque "a El hablamos cuando oramos, y a El oímos cuando leemos las palabras divinas.

Incumbe a los prelados, "en quienes está la doctrina apostólica, instruir oportunamente a los fieles a ellos confiados, para que usen rectamente los libros sagrados, sobre todo el Nuevo Testamento, y especialmente los Evangelios por medio de traducciones de los sagrados textos, que estén provistas de las explicaciones necesarias y suficientes para que los hijos de la Iglesia se familiaricen sin peligro y provechosamente con las Sagradas Escrituras y se penetren de su espíritu.

Háganse, además, ediciones de la Sagrada Escritura, provistas de notas convenientes, para uso también de los no cristianos, y acomodadas a sus condiciones, y procuren los pastores de las almas y los cristianos de cualquier estado divulgarlas como puedan con toda habilidad. (DV 25).

5. Preguntas y reflexiones

- ¿Qué tiempo dedicamos a la lectura de la Biblia? ¿Oramos con la Sagrada Escritura?
- ¿Has participado en algún curso de formación sobre la Biblia?
- ¿Se venera suficientemente la Palabra de Dios en nuestra comunidad?
- ¿Ocupa la Sagrada Escritura en la vida de la comunidad el lugar que, según la enseñanza del Concilio, le corresponde?
- ¿Se da en nuestros ambientes una «escucha creyente de la Palabra de Dios?
- ¿Qué acciones se podríamos emprender en nuestra comunidad para difundir la Biblia y animar su lectura, para que la gente entendiera más La Sagrada Escritura?

6. Padre Nuestro

**2.1 | LA LITURGIA EN EL
MISTERIO DE LA IGLESIA**

SC 1-2, 7-13

**2.2 | VIVIR LA LITURGIA
EN LA PARROQUIA**

SC 40-46

**2.3 | EL DOMINGO, UN REGALO
DE DIOS A SU PUEBLO**

SC 102-106

**SACROSANCTUM
CONCILIUM**

TEMA 1: LA LITURGIA EN EL MISTERIO DE LA IGLESIA

(SC 1-2, 7-13)

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

“Porque yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: Que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.”

1Cor 11, 23-26

3. Tema y comentario

El 4 de diciembre de 1963, el papa Pablo VI promulgó los nuevos libros litúrgicos de la Iglesia Católica, fruto del Concilio Vaticano II. Esta fue la primera vez en la historia que un pontífice vinculaba su nombre a una reforma tan profunda del culto. El objetivo de la reforma de 1963 fue hacer que la liturgia fuera “la cumbre a la que tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza”.

En el origen, la encíclica *Mediator Dei*, de 1947, ejerció una gran iluminación en el debate conciliar sobre la liturgia y en la posterior Constitución *Sacrosanctum Concilium* que fue aprobada con solo cuatro votos en contra.

La Constitución tiene dos tipos de principios: orientativos, que se refieren a los datos teológicos que enmarcan y sostienen la liturgia; y operativos, que se enfocan en la pastoral litúrgica. Los principios operativos son cinco:

- catequesis y formación,
- unidad sustancial sin uniformidad,
- la lengua litúrgica,
- el canto de la asamblea,
- y la reforma litúrgica.

La reforma litúrgica establece que el misterio pascual de Cristo se celebra en su unidad y globalidad no solo en el domingo y en las distintas celebraciones del misterio de Cristo, sino también en la memoria de los santos e incluso en la liturgia de las Horas, al igual que en los sacramentos que tienen su centro en el bautismo y la Eucaristía.

La liturgia de las Horas extiende a las distintas horas del día las prerrogativas del misterio eucarístico, centro y cumbre de toda la vida de la comunidad cristiana.

El año litúrgico cristiano se presenta organizado como ciclo anual de los “misterios de Cristo” y las “fiestas de los santos”. En el centro del mensaje cristiano de la fe y la catequesis está el gran evento pascual de la muerte, resurrección y ascensión al cielo de Cristo. En la Pascua se revela, al mismo tiempo, la naturaleza de Dios amor que se da para hacer partícipes de sus riquezas a todas las criaturas y se descubre que el Cristo muerto y resucitado es el centro de convergencia al que conduce toda la historia salvífica precedente.

Un aspecto relevante en la reforma litúrgica es la relación entre la Sagrada Escritura y la liturgia cristiana, que siempre ha sido considerada como especial. **La liturgia es considerada el lugar y momento privilegiado para el anuncio y lectura pública de la Escritura,** especialmente con el canto de los salmos y la proclamación de la Palabra de Dios en la eucaristía.

La liturgia cristiana se convierte en una forma de culto en el que la Palabra de Dios es un componente esencial y la liturgia se presenta como la realización del anuncio de la Escritura.

Otro aspecto que aparece en la reforma conciliar es la relación entre liturgia y ejercicios piadosos. La distinción entre “culto interior” y “culto exterior” es connatural a la idea de culto. La distinción entre “culto privado” y “culto oficial” también es importante. El concilio no resolvió el dualismo, sino que más bien lo acentuó. **Reconoció a los ejercicios piadosos una “dignidad especial” y sostuvo que parecen “emanar” de la propia liturgia.** Esto declara una vez más que **en la Iglesia coexisten dos formas de culto: una ordenada por la autoridad jerárquica y otra que surge del pueblo.**

En resumen, **la liturgia después del Concilio Vaticano II ha enfrentado obstáculos en su implementación debido a la falta de comprensión de lo que es la liturgia y una catequesis mejorable sobre las reformas.**

Muchas personas aún ven la liturgia como un conjunto de rúbricas sin importancia teológica. A pesar de los esfuerzos del concilio para renovar la liturgia, la falta de comprensión y catequesis previa ha causado perplejidad y resistencia.

Es necesario un esfuerzo adicional para promover una comprensión adecuada de la liturgia como actividad-cumbre de la Iglesia que se basa en la historia de la salvación y actualiza su camino hacia el futuro.

En la carta “Vigésimus quintus annus” **Juan Pablo II recordaba en 1988 el significado y la importancia del Concilio,** y **destacaba la importancia de la liturgia en la vida de la Iglesia.** El Papa **también hace hincapié en la importancia de la renovación litúrgica,** y **en la necesidad de una mayor participación activa de los fieles en la liturgia.** El Papa **invita a los sacerdotes y fieles a seguir promoviendo la renovación litúrgica iniciada por el Concilio,** y **a seguir profundizando en su comprensión y vivencia.**

4. Textos de la Constitución Sacrosanctum Concilium

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del

ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz", sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Mt. 18, 20). Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno.

Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y sus miembros, ejerce el culto público íntegro. En consecuencia, toda celebración litúrgica, por ser obra de Cristo sacerdote y de su Cuerpo, que es la Iglesia, es acción sagrada por excelencia, cuya eficacia, con el mismo título y en el mismo grado, no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia. Sacrosanctum Concilium, 7.

Comentario

Por mucho que el hombre quiera tenerlo todo controlado, Dios sigue siendo un misterio y la acción litúrgica sigue siendo el lugar privilegiado de la presencia de ese Misterio. Este número de la SC nos hace ver como la Iglesia cree que Dios se hace presente no solo en la Liturgia, sino que precisamente esa acción litúrgica es obra del mismo Cristo: *"...es Cristo quien bautiza... ... es El quien habla..."* Esta presencia no es física sino sacramental. La liturgia no es un acto mágico, sino que la presencia de Cristo se debe a que Él obra en ella.

5. Preguntas y reflexiones

- ¿Soy consciente de que Cristo está presente en la acción litúrgica de la Iglesia?
- ¿En los sacramentos espero recibir la gracia de Dios de manera "automática" o soy consciente de las disposiciones necesarias?
- ¿Cómo vivo esa presencia en mi vida? ¿Con que actitud vivo esa presencia/obrar de Dios?

6. Acción concreta

Se podría proponer una conferencia o ciclo de conferencias sobre formación litúrgica básica, o sobre la celebración de la Eucaristía, o el Año litúrgico

7. Padre Nuestro

TEMA 2: VIVIR LA LITURGIA EN LA PARROQUIA

(SC 40-46)

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

“Los discípulos perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían a diario al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran bien vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.” Hch 2, 42-47

3. Tema y comenatrio

La liturgia es una de las experiencias más importantes y sabrosas que pueden vivir las comunidades cristianas y se sitúan además en el centro y en el corazón de su vida. Es quizá la única capaz de **cumplir múltiples funciones**: sabe alimentar la mente, tocar el corazón, suscitar emoción y conmoción, mover al asombro que es premisa auténtica e importante para la fe, llevar a la caridad, aportar motivaciones y fuerza para vivirla heroicamente.

La liturgia se encuentra hoy en día ante una especie de encrucijada y fácilmente puede llevar a caminos incompatibles: ser fascinante si se celebra y se vive en su verdad; ser repelente si se celebra sin motivación, con desgana o con aburrimiento. Repensar la liturgia a la luz de estos fenómenos es por tanto un deber a todos los niveles de la vida comunitaria y es deseable porque el centro y el corazón de la Iglesia y de su culto es el encuentro y la conversión personal junto con la conversión comunitaria a Cristo.

La liturgia es una realidad que hay que vivir en un contexto comunitario específico al que llamamos parroquia. Ella es la manifestación más visible de la Iglesia que ora, aquí y ahora. Al igual que la liturgia, la parroquia es fácilmente identificable en el edificio de la iglesia en el que la comunidad celebra normalmente el culto de Dios.

Como cuerpo que celebra a Cristo, Cabeza, **la parroquia es el lugar privilegiado donde los cristianos ponen sus propios dones en comunión, comparten lo que se es y lo que se puede dar, asumen las fatigas y pobreza de los demás y donde, alimentándose de Cristo en la liturgia, se convierten como él en don, signo y sacramento del Señor.** La liturgia allí celebrada, sobre todo en los tres momentos importantes, es decir, el «año», el «día» y la «cena» del Señor, **es el primero y principal camino de fe del creyente y la Iglesia.**

Es importante recordar que la liturgia es un medio, no un fin; pero es un medio importante porque **a través de la liturgia la salvación de Dios se hace participable y participada,** hasta el punto de que podemos decir que, en la liturgia, **nos hacemos contemporáneos**

de Jesús. A través de ella, el agua viva de Cristo puede llegar a los creyentes de todos los lugares y de todos los tiempos.

Es cierto que la forma de la celebración ha ido cambiando en el tiempo, pero lo que **es inmutable es la función que la liturgia, celebrada por cada comunidad, debe cumplir:** no busca complacerse a sí misma ni a las modas populares, sino **busca poder presentar la Iglesia esposa a su Esposo, el Señor.** Por lo tanto, el modo de celebrar **pide un diálogo provechoso y fecundo entre Iglesias locales e Iglesia universal,** para que queden bien protegidos tanto el espíritu de fe de cada comunidad como la Tradición apostólica garantizada por la Iglesia de Roma.

Ese esfuerzo de respeto entre unos y otros recibe el nombre de inculturación, que busca volver a traducir la intencionalidad de la celebración cristiana en el contexto cultural que se vive en el presente. Para ello hay que darse cuenta de que está realizando una operación cultural y cultural muy seria. En este sentido, **las comisiones de liturgia** pueden realizar un gran servicio para la vida litúrgica de una parroquia. Ellas **han de trabajar con toda la comunidad y promover la educación litúrgica y el compromiso ante la celebración de toda la comunidad y de todas las comunidades.** Su papel no es el de sustituir u ocultar la vida litúrgica de la comunidad sino el de respaldarlo e impulsarlo, también mediante un sabio y necesario discernimiento en relación con quien dirige esa comunidad.

En la comunidad parroquial la liturgia debe ser amada, profundizada, cuidada, promovida, y explicada para que muchos fieles participen fructuosamente de la alabanza a Dios. Hay cinco puntos que permiten una liturgia bien celebrada en la parroquia:

- **El cuidado del canto en las celebraciones.** Cada canto ha de tener calidad en su composición, en su letra, en su ejecución; tiene que tener también dignidad, una lógica en la celebración y ser ejecutado en el momento oportuno.
- Un segundo punto es **el cuidado de la acogida.** En cada celebración un elemento característico debe ser la acogida a los que vienen a participar de la vida comunitaria.
- **El cuidado de los ministerios y servicios:** por ejemplo, en el servicio del altar, en la proclamación cualificada y relevante de la Palabra de Dios, recogiendo los dones, distribuyendo la Eucaristía o apoyando el canto
- En el **cuidado del templo y de los espacios litúrgicos,** de modo que quien entra en la iglesia esté inmediatamente provocado y llamado a vivir el Misterio de la fiesta o del tiempo que se celebra.
- Y por último, y *sobre todo*, **el cuidado de las personas:** cada uno, cuando entra en la celebración debe tener la sensación verdadera de no ser un anónimo, sino una persona única e irrepetible, esperada y amada en esa comunidad.

No obstante, **entre todas las parroquias, hay un templo** que, precisamente por su carácter **único e irrepetible**, ejerce una fascinación irresistible en las personas y las comunidades de una diócesis que exige una enorme responsabilidad de ejemplaridad. **Es la catedral**. La catedral **tiene el deber de suministrar a las parroquias de la diócesis una ejemplaridad positiva y propositiva, paciente y al mismo tiempo acuciante**.

Por último, **si pensamos en la calidad litúrgica de una parroquia** y de una celebración **hay elementos** que no son neutros sino **que pueden elevarla o destruirla**. Por ejemplo, **la calidad de la música** que debe ser genuinamente religiosa y que encuentra en el canto gregoriano una de las cimas nunca superadas por ser insuperable. Siervas de la liturgia son la armonía y esta profesión de fe *activa* que es **el arte** en sus distintas formas: La arquitectura es celebración de Dios, la escultura, la pintura y todas las llamadas «artes menores» pueden ayudar o dificultar la participación de la comunidad parroquial en el misterio celebrado.

4. Textos de la Constitución Sacrosanctum Concilium

“Como no le es posible al Obispo, siempre y en todas partes, presidir personalmente en su Iglesia a toda su grey, debe por necesidad erigir diversas comunidades de fieles. Entre ellas sobresalen las parroquias, distribuidas localmente bajo la guía de un pastor que representa a Cristo y hace presente al Obispo, haciendo visible la Iglesia establecida por todo el orbe.

De aquí la necesidad de fomentar teórica y prácticamente entre los fieles y el clero la vida litúrgica parroquial y su relación con el Obispo. Hay que trabajar para que florezca el sentido comunitario parroquial, sobre todo en la celebración común de la Misa dominical.” Sacrosanctum Concilium, 42.

Comentario

La celebración de nuestra fe se vive en la comunidad (Cuerpo de Cristo) que celebra esa misma fe cuando realiza la acción litúrgica sintiéndose unida a la Iglesia universal por medio de la comunión con el obispo. Así pues, Sacrosanctum Concilium recuerda la necesidad de *“fomentar teórica y prácticamente entre los fieles y el clero la vida litúrgica parroquial y su relación con el Obispo”* No se puede vivir la fe sin celebrarla con la comunidad y sin estar unidos a la figura del obispo. La Misa dominical nos hace Iglesia: particular y universal.

5. Preguntas y reflexiones

- ¿Soy consciente de que la celebración comunitaria de mi parroquia me debería unir a la comunidad diocesana? Mi comunidad parroquial ¿Debería mejorar este aspecto?
- ¿Me preocupo de cuidar la liturgia parroquial, tanto personalmente como de manera comunitaria?
- ¿Deberíamos hacer una revisión a nivel parroquial de cómo estamos celebrando y viviendo nuestra fe en comunidad?

6. Acción concreta

Piensa en cómo se podrían mejorar algunos aspectos de las celebraciones litúrgicas en la Parroquia, especialmente, en la Misa dominical.

7. Padre Nuestro

TEMA 3: EL DOMINGO, UN REGALO DE DIOS A SU PUEBLO

(SC 102-106)

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».

Jn 20, 19-29

3. Tema y comentario

El tema del domingo ha ocupado un lugar especialmente destacado tanto en los años del movimiento litúrgico como en las sesiones del Vaticano II. De ello trata el tercer capítulo de *Sacrosanctum Concilium*, que hace un repaso de los temas relacionados con el domingo e ilustra la relación entre la Eucaristía y el Día del Señor.

El domingo, es un regalo que Dios hace a su pueblo. Presentar este día como un regalo remite a la celebración de la Eucaristía: el momento en el que Cristo se ofrece y da este acto de amor a la humanidad entera. En el centro de la acción litúrgica, está el pueblo de Dios que recibe los sacramentos en la oración y en la acción de gracias. La Misa constituye el centro de toda la vida cristiana para la Iglesia universal, para la Iglesia local y para cada uno de los fieles. La unidad de éstos, se manifiesta a través de la comunión con el Cuerpo de Cristo en la santa misa. **A imagen y semejanza del domingo, cada día, la Iglesia se reúne para celebrar la Eucaristía.**

Ocurre lo mismo en la tradición judía. La celebración de la Eucaristía se convierte en evento característico del primer día después del sábado. El hombre también mediante la escucha de la Palabra, las ceremonias y las oraciones, celebra el misterio pascual.

La participación en la Eucaristía no consiste en la mera asistencia, con actitud de espectador. Tampoco en la escucha pasiva e indiferente. Debe ser la misma experiencia de fervor que caracterizó el encuentro de los discípulos en Emaús. Debe suscitar en el corazón el deseo de ayudar a nuestros hermanos.

Para concluir, **la reflexión pastoral sobre la celebración del Día del Señor es muy amplia y son muchas las preguntas abiertas.** En los próximos años se celebrará el aniversario de *Sacrosanctum Concilium* que como decíamos al comienzo, marcó el inicio de esta reforma litúrgica. Estos años de aplicación de las perspectivas conciliares han estado marcados por la renovación de la pastoral, de la praxis y del estilo celebrativo. A partir de ahora, se constatará que aún queda camino por recorrer y que, pese a adoptar nuevos libros litúrgicos y modificar algunos rasgos del lenguaje, no siempre ha cambiado la mentalidad.

El deseo de comunión de todas las personas podría ser la mejor forma de formular propuestas en las que la asamblea dominical vuelva a ser el centro de la experiencia de la vida cristiana, la fuente de la caridad y la oportunidad de tejer relaciones interpersonales profundas.

El diálogo abierto será la clave para que los pastores y los fieles puedan entender el profundo cambio social y cultural que acompaña a esta sociedad.

Además de la cuestión en torno al domingo, en la renovación impulsada por la *Sacrosanctum Concilium* tuvo un lugar especial la renovación del calendario litúrgico. El calendario promulgado tras el concilio de Trento ya sufrió muchas reformas. Las más destacadas, tenían como objetivo que las fiestas de los santos no eclipsasen al domingo y a las celebraciones del misterio de Cristo.

El año litúrgico se vive como una celebración de la vida por lo que el tema central es la conmemoración del misterio de Cristo por el cual se produce nuestra salvación, que, actualizamos en cada Eucaristía. **En torno a él están las grandes celebraciones cristianas de la pasión, la muerte, la resurrección y culmina en la Ascensión.**

Sacrosanctum Concilium sitúa a las celebraciones marianas y a los santos junto a la celebración anual de los misterios de Cristo. La constitución reafirma la preeminencia del culto a María sobre el de los santos y lo justifica a la luz del vínculo que existe entre ella y Cristo. Todo el culto que se rinde a María, por tanto, debe entenderse a la luz del papel que Ella ocupa en el misterio de Cristo. Una relación que también se expresa en la constitución *Lumen gentium*.

El culto a los santos ocupa también un lugar importante en esta constitución. Ellos son quienes, con la ayuda de la gracia, han alcanzado la salvación eterna; habiendo sufrido con Cristo, son glorificados con Él y ahora en el cielo alaban a Dios e interceden por todos nosotros.

Esta relación de la gloria de los santos con la de Cristo está inscrita en el estatuto del año litúrgico, y encuentra precisamente en el domingo como día del Señor, su expresión más elocuente.

También las celebraciones de piedad popular acompañan a los fieles en la celebración litúrgica de los domingos. Esta aclaración sobre la piedad popular provocó la desestimación de algunos hacia formas de oración muy queridas por los fieles que se habían desarrollado

a lo largo de los años para sustituir a la liturgia. **En el período inmediatamente posterior al concilio, se puso en marcha un camino de deconstrucción de las prácticas piadosas.**

4. Textos de la Constitución Sacrosanctum Concilium

La Iglesia, por una tradición apostólica, que trae su origen del mismo día de la Resurrección de Cristo, celebra el misterio pascual cada ocho días, en el día que es llamado con razón "día del Señor" o domingo. En este día los fieles deben reunirse a fin de que, escuchando la palabra de Dios y participando en la Eucaristía, recuerden la Pasión, la Resurrección y la gloria del Señor Jesús y den gracias a Dios, que los «hizo renacer a la viva esperanza por la Resurrección de Jesucristo de entre los muertos» (1 Pe, 1,3). Por esto el domingo es la fiesta primordial, que debe presentarse e inculcarse a la piedad de los fieles, de modo que sea también día de alegría y de liberación del trabajo. No se le antepongan otras solemnidades, a no ser que sean de veras de suma importancia, puesto que el domingo es el fundamento y el núcleo de todo el año litúrgico.

Sacrosanctum Concilium, 106

Comentario

La comunidad cristiana se ha reunido, desde el momento mismo de la resurrección de Jesús, para celebrar el memorial de la Pasión redentora de Cristo en el mismo día en que el Señor resucitó. Como nos enseña el relato de la duda de Tomás, sólo en la celebración dominical de la Eucaristía nos encontramos verdaderamente con el Señor. El *dies Domini* o día del Señor, es también el día de la Iglesia. El domingo es un don y un regalo de Jesús para la Iglesia que estamos llamados a vivir como un descanso. No es el domingo un día vacío, de mero reposo, sino un día en el que abandonamos nuestras tareas habituales para poder disponer de tiempo, para el Señor y para el prójimo: rezar en familia, celebrar la Eucaristía, visitar a los familiares, a los enfermos, encontrarnos con amigos, realizar obras de caridad y voluntariado. Es un día para celebrar el amor de Dios experimentando y desarrollando ese amor en nuestra vida.

5. Preguntas y reflexiones

- ¿Vivo el domingo como un día vacío o intento llenarlo con actividades concretas?
- ¿Aprovecho el día del Señor para vivir el don de la familia y de la amistad?
- ¿Es la Misa dominical el centro de mi domingo?

6. Acción concreta

Piensa como puedes vivir mejor el domingo tanto a nivel personal, como familiar, como eclesial.

7. Padre Nuestro

**3.1 | EL MISTERIO DE LA IGLESIA
Y LA SANTIDAD COMO
VOCACIÓN UNIVERSAL**

LG 1-5

**3.2 | LA IGLESIA ES
PARA LA EVANGELIZACIÓN**

LG 17

**3.3 | EL MINISTERIO ORDENADO,
LA VIDA CONSAGRADA
Y LOS LAICOS**

LG 18-29; 30-38; 43-47

**LUMEN
GENTIIUM**

TEMA 1: EL MISTERIO DE LA IGLESIA Y LA SANTIDAD COMO VOCACIÓN UNIVERSAL

(LG 1-5)

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente no ha concedido en el Amado. En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra” (Ef 1, 3-10).

3. Tema y comentario

El misterio de la Iglesia

La razón de ser de la Iglesia es transparentar ante todos los hombres a Cristo, luz de los pueblos, anunciando el Evangelio a todas las criaturas:

“La seducción de la fe cristiana está precisamente en ser llamados como pueblo a participar en el misterio amoroso del Padre-Hijo-Espíritu. La razón de ser de la Iglesia constituye el dar a conocer el designio del Padre, el darse para nosotros del Hijo y el don vivificante del Espíritu. Instituida y enriquecida de este modo, la Iglesia incide hacia el Señor que vuelve” (Cettina Militello, *Cuaderno 15*).

El Padre Eterno decidió: crear el mundo; elevar a los hombres a la participación de la vida divina; salvarlos tras la caída de Adán; predestinar a todos los elegidos a ser conformes a la imagen de su Hijo; convocar a los creyentes en Cristo en la Santa Iglesia.

La Iglesia, según el designio del Padre, se realiza gradualmente en distintas etapas históricas: fue prefigurada desde el origen del mundo; preparada en la historia de Israel; constituida en los últimos tiempos y manifestada por la efusión del Espíritu; llegará a su plenitud al final de los tiempos (cf. LG 2).

El Hijo, enviado por el Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y nos redimió con su obediencia. La Iglesia, que es el reino de Cristo presente ya en misterio, brotó del costado abierto de Jesús crucificado y crece visiblemente en el mundo por el poder de Dios.

La Eucaristía, en la que se celebra el sacrificio de la cruz y se realiza la obra de la salvación, crea la Iglesia como cuerpo de Cristo. Todos los hombres están llamados a esta unión con Cristo, “de quien venimos, por quien vivimos y hacia quien caminamos” (LG 3).

Cuando el Hijo terminó la obra que el Padre le confió, fue enviado el Espíritu Santo el día de Pentecostés para que: santificara continuamente a la Iglesia, los creyentes pudieran ir al Padre a través de Cristo en el mismo Espíritu.

Respecto de los creyentes, el Espíritu Santo les comunica el don de la vida eterna, les hace resucitar de la muerte espiritual y les hará resucitar de la muerte corporal, habita en sus corazones como en un templo; ora en ellos; da testimonio de que son hijos adoptivos.

Respecto de la Iglesia, el Espíritu Santo: la conduce a la verdad total; la une en la comunión y el ministerio; la instruye y dirige con diversos dones jerárquicos y carismáticos; la adorna con sus frutos; la rejuvenece y renueva sin cesar con la fuerza del Evangelio; la conduce hacia la perfecta unión con su Esposo.

La santidad como vocación universal

Si la santidad como vocación universal es la clave fundamental para entender todo el concilio Vaticano II, el capítulo V de la constitución *Lumen gentium* lo desarrolla; en un primer momento presenta la santidad como < perfección de la caridad > y después considera el < multiforme ejercicio de la única santidad > según las diversas vocaciones en la Iglesia (LG 39 y 40):

“<La vocación universal a la santidad en la Iglesia>, el capítulo V de la *Lumen Gentium* (39-42) es como el corazón de esta constitución dogmática sobre la Iglesia, con respecto a los otros capítulos y, sobre todo, con relación al último (VIII) sobre <María en el misterio de Cristo y de la Iglesia> que, según las palabras de san Pablo VI, es <vértice y corona> de toda la constitución” (François-Marie Léthel, *Cuaderno 22*).

La santidad es la perfección de la caridad, la plenitud del amor auténtico del que tiene sed cada corazón humano; no es una ilusión ni un ideal abstracto e inalcanzable, es una realidad ofrecida a todos en el amor divino-humano de Jesucristo, el don más grande del Espíritu Santo (François-Marie Léthel, *Cuaderno 22*): <La Iglesia, abrazando en su seno a pecadores, es santa y a la vez siempre necesitada de purificación [*sancta simul et Semper purificanda*]> (François-Marie Léthel, *Cuaderno 22*):

“La perfección de la caridad es la esencia de la santidad y es inseparablemente perfección de la fe y la esperanza. Estas tres virtudes teologales son las principales modalidades de la gracia del bautismo, los dones más grandes del Espíritu Santo en esta vida. Para san Juan de la Cruz, son el alma de la auténtica vida espiritual, los únicos medios de la unión con Dios. Según san Pablo, <la más grande es el amor>, que <no pasa nunca>, siendo la misma en el cielo como en la tierra, mientras la fe y la esperanza desaparecerán en la visión <cara a cara> (cf. 1 Cor 13, 7), y santo Tomás de Aquino la llama <madre, raíz y forma de todas las virtudes> (*Suma teológica* I-II, q. 62 a. 4)” (François-Marie Léthel, *Cuaderno 22*).

El Concilio celebra un nuevo desarrollo de la tradición viva de la Iglesia en la vida de la santidad y en sus testigos que son los santos, destacando a la Virgen María y posteriormente a san José; antes del Concilio, la mayoría de los santos canonizados eran sacerdotes y religiosos, después se manifestó con la canonización de laicos, que todo

estado de vida está llamado a la santidad. El capítulo V de la constitución *Lumen gentium* promulgada por san Pablo VI el 21 de noviembre de 1964, llegará en su profundización a la exhortación apostólica del papa Francisco *Gaudete et exultate* <sobre la llamada a la santidad en el mundo contemporáneo>, publicada el 19 de marzo de 2018:

<La mayor contribución del Concilio es precisamente la nueva insistencia sobre la santidad de la Iglesia, poniendo de relieve el primado de la santidad representado por María, mientras Pedro representa el primado institucional> (François-Marie Léthel, *Cuaderno 22*).

“Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente no ha concedido en el Amado. En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra” (Ef 1, 3-10).

4. Textos de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*

“Cristo es la luz de los pueblos. Por eso este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea vehementemente iluminar a todos los hombres con la luz de Cristo, que resplandece sobre el rostro de la Iglesia, anunciando el Evangelio a todas las criaturas (cf. Mc 16, 15). La Iglesia es en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG 1).

“Cristo, el Único Mediador, estableció en este mundo su Iglesia santa, comunidad de fe, esperanza y amor, como un organismo visible. La mantiene así sin cesar para comunicar por medio de ella a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos y el Cuerpo místico de Cristo, el grupo visible y la comunidad espiritual, la Iglesia de la tierra y la Iglesia llena de bienes del cielo, no son dos realidades distintas. Forman más bien una realidad compleja en la que están unidos el elemento divino y humano” (LG 8).

“Por eso todos en la Iglesia, pertenezcan a la Jerarquía o sean regidos por ella, están llamados a la santidad, según las palabras del Apóstol: *Lo que Dios quiere de vosotros es que seáis santos* (1 Tes 4, 3; cf. Ef 1, 4). Esta santidad de la Iglesia se manifiesta sin cesar y debe manifestarse en los frutos de la gracia que el Espíritu produce en los fieles. Se expresa de muchas maneras en aquellos que en su estilo de vida tienden a la perfección del amor con edificación de los demás” (LG 39).

“El Señor Jesús, Maestro divino y modelo de toda perfección, predicó a todos y a cada uno de sus discípulos, de cualquier condición que fueran, la santidad de vida, de la que El es el autor y consumidor: *Sed, pues, perfectos como vuestro Padre del cielo es perfecto* (Mt 5, 48). Él envió a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente y así amen a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todo el espíritu y con todas sus fuerzas (cf. Mc 12, 30), y se amen unos a otros como Cristo los amó (cf. Jn 13, 34; 15, 12)” (LG 40).

5. Preguntas y reflexiones

- ¿Tenemos los cristianos conciencia suficiente del misterio de la Iglesia, o la consideramos solamente como una sociedad humana que depende exclusivamente de nuestras acciones?
- ¿Vives la pertenencia y participación en la Iglesia?, ¿En qué manifestaciones concretas de la Iglesia estás integrado?
- ¿Tu camino cristiano está orientado a la santidad con la ayuda de la dirección espiritual, retiros, Ejercicios Espirituales...?

6. Acción concreta

Conocer más la Iglesia universal y la Iglesia diocesana en su dimensión humana y divina.

Conocer más a los sacerdotes más cercanos, a las congregaciones religiosas más cercanas, a los nuevos movimientos eclesiales y a las asociaciones cristianas laicas más comprometidas en el mundo y en la sociedad.

Dirección espiritual y Ejercicios Espirituales.

7. Padre Nuestro

TEMA 2: LA IGLESIA ES PARA LA EVANGELIZACIÓN

(LG 17)

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

“Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt 28, 19-20).

3. Tema y comentario

El concilio expone la naturaleza y misión universal de la Iglesia como sacramento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano: la Iglesia ora y trabaja al mismo tiempo para que la totalidad del mundo se transforme en Pueblo de Dios, Cuerpo del Señor y Templo del Espíritu y para que en Cristo, Cabeza de todos, se dé todo honor y toda gloria al Creador y Padre de todos:

“El Concilio Vaticano II, en el número 17 de la constitución dogmática *Lumen Gentium* (LG), resalta la naturaleza misionera de la Iglesia. Todo en su ser y en su actuar se orienta a la evangelización. Esta convicción de fondo impregna también el decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia, *Ad gentes divinitus* (AG).

En continuidad con esta enseñanza, san Pablo VI presenta la evangelización como la actividad englobante de todo lo que la Iglesia realiza. En la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi* muestra cómo la finalidad de la Iglesia es llevar a cabo la tarea de la evangelización; es decir, el anuncio de la buena noticia de la resurrección de Cristo a todo el mundo, proclamando < el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el reino, el misterio de Jesús de Nazaret Hijo de Dios > (EN 22)” (Guillermo Juan Morado, *Cuaderno 18*).

La misión de la Iglesia tiene su fundamento en las misiones trinitarias: como el Hijo fue enviado por el Padre, así envió Él a los apóstoles y, a través de ellos, a la Iglesia para que, impulsada por el Espíritu Santo, anunciara el Evangelio hasta los confines del mundo:

“La fuente última de la evangelización se encuentra en el amor eterno de la Santísima Trinidad que quiso comunicar la gloria, la majestad y la belleza de su vida bienaventurada. Dios, uno y único, es el amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

En su bondad, Dios quiso libremente compartir con nosotros la plenitud de su ser. Esta voluntad divina se manifiesta en la obra de la creación, en la historia de la salvación, en el envío del Hijo y del Espíritu Santo.

En su bondad, Dios quiso libremente compartir con nosotros la plenitud de su ser. Esta voluntad divina se manifiesta en la obra de la creación, en la historia de la salvación, en el envío del Hijo y del Espíritu Santo; envío cuya prolongación es la misión de la Iglesia” (Guillermo Juan Morado, *Cuaderno 18*).

La Iglesia acepta el deber de evangelizar haciendo suyas las palabras de San Pablo: “¡Ay de mí si no anunciare el Evangelio!” (1 Cr. 9, 16). Las iglesias ya constituidas envían

mensajeros de la fe para fundar nuevas iglesias; estas jóvenes iglesias, una vez constituidas, asumen a su vez el deber de transmitir el mensaje del Evangelio:

“La Iglesia anuncia el Evangelio porque es sacramento universal de salvación. Esto quiere decir que la Iglesia unida a Cristo es en el mundo un signo, una realidad visible y social que remite a una realidad visible y espiritual, y un instrumento a través del cual el Señor lleva a cabo la salvación de los hombres.

Por medio de la Iglesia, Cristo < manifiesta y realiza al mismo tiempo el misterio del amor de Dios al hombre > (*Gaudium et spes*, 45). En esa realidad, en la participación del hombre en el amor de Dios, consiste la salvación” (Guillermo Juan Morado, *Cuaderno 18*).

La evangelización conlleva las siguientes acciones: mediante la predicación, la Iglesia atrae a los oyentes a la fe y a la confesión de la fe; los prepara para el Bautismo; los enseña a guardar los mandamientos y, sobre todo, el del amor:

“La evangelización es una realidad rica, compleja y dinámica. Comprende la tarea de llevar a todos los ambientes de la humanidad la Buena Nueva < y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad > (EN 18). No hay, por consiguiente, auténtica evangelización sin este cambio interior personal y colectivo de las conciencias, de la actividad, de la vida, de los ambientes concretos en los que esta se desarrolla” (Guillermo Juan Morado, *Cuaderno 18*).

La evangelización ejerce una influencia civilizadora, puesto que asume, mejora y desarrolla todo lo bueno que hay en el corazón y la inteligencia de los evangelizados, en sus ritos particulares y en sus culturas. Todos los discípulos de Cristo han recibido el encargo de extender la fe, cada uno según sus posibilidades y según la función que ocupa en la Iglesia:

“Se trata de renovar a sectores de la humanidad, procurando < alcanzar y transformar con la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad > (EN 19)” (Guillermo Juan Morado, *Cuaderno 18*).

“La evangelización ha de abarcar la cultura y las culturas del hombre: < La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva > (EN 20)” (Guillermo Juan Morado, *Cuaderno 18*).

4. Textos de la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*

“La Iglesia recibió de los Apóstoles este solemne mandato de Cristo de anunciar la verdad que nos salva para cumplirlo hasta los confines de la tierra (cf. Hech 1, 8). Por eso hace tuyas las palabras del Apóstol: *¡Ay de mí si no anunciar el Evangelio!* (1 Cor 9, 16). Sigue, por tanto, sin cesar enviando predicadores hasta que las nuevas Iglesias están plenamente formadas y ellas mismas puedan continuar la tarea de anunciar el Evangelio” (LG 17).

“Mediante la predicación del Evangelio, la Iglesia atrae a los oyentes a la fe y a la confesión de fe, los prepara para el Bautismo, los libera de la esclavitud del error y los incorpora a

Cristo para que lleguen hasta la plenitud en Él por el amor. Realiza su tarea para que todo lo bueno que hay sembrado en el corazón y en la inteligencia de estos hombres, o en los ritos particulares, o en las culturas de estos pueblos, no sólo no se pierda, sino que mejore, se desarrolle y llegue a su perfección para gloria de Dios, para confusión del demonio y para la felicidad del hombre” (LG 17).

“Todos los discípulos de Cristo han recibido el encargo de extender la fe según sus posibilidades. Pero, aunque cualquier creyente puede bautizar, sin embargo es propio del sacerdote consumir la construcción del Cuerpo con el sacrificio de la Eucaristía. Así se cumplen las palabras de Dios por medio del profeta: *Mi nombre es grande en todos los pueblos situados entre la salida y la puesta del sol, y en todos los lugares se ofrece a mi nombre un sacrificio puro* (Mal 1, 11). De esta manera, la Iglesia ora y trabaja al mismo tiempo para que la totalidad del mundo se transforme en Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu y para que en Cristo, Cabeza de todos, se dé todo honor y toda gloria al Creador y Padre de todos” (LG 17).

5. Preguntas y comentarios

¿Oras frecuentemente y de corazón por la Iglesia, para que se renueve constantemente y cumpla mejor su misión evangelizadora?

Si eres laico, ¿qué análisis sincero haces de tu participación en la misión de la Iglesia y de tu testimonio en el mundo?, ¿Cómo explicarías tú la vocación específica del cristiano laico?

Si eres sacerdote o religioso/a, ¿cómo contribuyes a que los laicos estén más formados y ejerzan mejor su misión?

6. Acción concreta

Hablar de Dios a mi familia y mis amistades.

Descubrir los sufrimientos y las necesidades de las personas que tengo a mi alrededor.

7. Padre Nuestro

TEMA 3: EL MINISTERIO ORDENADO, LA VIDA CONSAGRADA Y LOS LAICOS

(LG 18-29; 30-38; 43-47)

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

“No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno; yo en ellos, y tú en mí, para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí” (Jn 17, 21-23).

3. Tema y comentario

La Iglesia busca ayudar al mundo contemporáneo, en evolución acelerada hacia la unidad, a conseguir la unidad completa en Cristo.

El Papa es principio y fundamento visible de la unidad de los obispos y de la muchedumbre de los fieles. Los obispos son el principio y fundamento de unidad en sus Iglesias particulares. Por eso, cada obispo representa a su Iglesia y todos juntos con el Papa representa a toda la Iglesia en el vínculo de la paz, el amor y la unidad (cf. LG 23).

Los obispos como sucesores de los Apóstoles. Reciben del Señor la misión de predicar el Evangelio a toda criatura, para que todos los hombres, por la fe, el bautismo y el cumplimiento de los mandamientos, alcancen la salvación. Para cumplir esta misión cuentan con el poder del Espíritu Santo (cf. LG 24).

Aunque no tengan la plenitud del sacerdocio, los presbíteros participan de la consagración y misión de Cristo, Sacerdote, Pastor y Cabeza, para anunciar el Evangelio a los fieles, para dirigirlos y para celebrar el culto divino. Los presbíteros son colaboradores de los obispos, ayuda e instrumentos suyos. Con su Obispo, al que han de considerar como padre y obedecerle, forman un único presbiterio (cf. LG 28).

Los diáconos fortalecidos con la gracia del sacramento del orden, en comunión con el obispo y su presbiterio, están al servicio del pueblo de Dios en el ministerio de la liturgia, de la palabra y de la caridad (cf. LG 29); en su sacramentalidad dinamizan la vida de la Iglesia.

La vida consagrada es un don de Dios a la Iglesia pues hace presente la forma de vida que asumió el Hijo de Dios al entrar en el mundo y que propuso a los discípulos que le seguían: Los consejos evangélicos tienen su fundamento en < el amor de Dios derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado > (Rom 5,5). A la persona consagrada se le desvela en Cristo su llamada, su identidad y su misión: configuración con Cristo virgen, pobre y obediente (Cf. Verónica Berzosa, *Cuaderno 21*).

Como miembros del Pueblo de Dios y del Cuerpo de Cristo, los laicos están llamados a contribuir al crecimiento y santificación incesante de la Iglesia. El apostolado de los laicos es una participación en la misión salvadora de la Iglesia, a la que están destinados en virtud del Bautismo y de la Confirmación. Y su vocación especial consiste en hacer presente y

operante a la Iglesia en los lugares y circunstancias en las que ella no puedes ser sal de la tierra sino a través de ellos (cf. LG 33).

Los pastores han de reconocer la dignidad y la responsabilidad de los laicos en la Iglesia. Esto supondrá servirse de sus prudentes consejos, encargarles tareas al servicio de la Iglesia, dejarles libertad y campo para actuar, animarles para que tomen iniciativas, considerar sus proyectos, peticiones e iniciativas y reconocer la libertad a la que tienen derecho en la ciudad terrena (cf. LG 37 A-B).

4. Textos de la Constitución Dogmática Lumen Gentium

“Entre los diversos ministerios que existen en la Iglesia, ocupa el primer lugar el ministerio de los obispos, que, a través de una sucesión que se remonta hasta el principio, son los transmisores de la semilla apostólica. Así, como lo atestigua San Ireneo, a través de aquellos que los apóstoles nombraron obispos y de sus sucesores hasta nosotros, se manifiesta y conserva la tradición apostólica en todo el mundo” (LG 20).

“Los obispos, pues, junto con sus colaboradores, los presbíteros y los diáconos, recibieron el ministerio de la comunidad. Presiden en nombre de Dios el rebaño del que son pastores, como maestros que enseñan, sacerdotes del culto sagrado y ministros que ejercen el gobierno” (LG 20).

“Los religiosos han de procurar con empeño que la Iglesia, por medio de ellos, muestre cada vez mejor a Cristo a creyentes y no creyentes: Cristo en oración en el monte, o anunciando a las gentes el Reino de Dios, curando a los enfermos y lisiados, convirtiendo a los pecadores en fruto bueno, bendiciendo a los niños, haciendo el bien a todos, siempre obediente a la voluntad del Padre que lo envió” (LG 46).

“Los laicos tienen como vocación propia el buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. Viven en el mundo, en todas y cada una de las profesiones y actividades del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, que forman como el tejido de su existencia. Es ahí donde Dios los llama a realizar su función propia, dejándose guiar por el Evangelio para que, desde dentro, como el fermento, contribuyan a la santificación del mundo, y de esta manera, irradiando fe, esperanza y amor, sobre todo con el testimonio de su vida, muestren a Cristo a los demás. A ellos de manera especial les corresponde iluminar y ordenar todas las realidades temporales, a las que están estrechamente unidos, de tal manera que éstas lleguen a ser según Cristo, se desarrollen y sean para alabanza del Creador y Redentor” (LG 31).

5. Preguntas y reflexiones

- ¿Cómo se vive en nuestra comunidad la unidad, querida y realizada por el Espíritu, y el respeto a la diversidad de dones, condiciones y situaciones?
- ¿Lees los documentos del magisterio del Papa y de tu obispo?, ¿A través de qué medios?, ¿Respetas, ayudas y aprecias a los sacerdotes que presiden tu comunidad?
- ¿Cómo los laicos pueden transformar esta sociedad según los criterios de Dios?, ¿se puede decir que la Iglesia es pobre y para los pobres?, ¿cómo soportamos la incomprensión y los ataques que la sociedad actual dirige contra la Iglesia?

6. Acción concreta

Vivir la pertenencia a la Iglesia desde la unidad en la diversidad.

Conocer y amar todos los carismas de la Iglesia y vivir con intensidad el estado de vida al que estamos llamados.

7. Padre Nuestro

**4.1 | EL GRAN TEMA DEL
SENTIDO DE LA VIDA**

GS 4

4.2 | LA FAMILIA

GS 47-52

**4.3 | EL DIÁLOGO COMO
INSTRUMENTO**

GS 83-93

**GAUDIUM
ET SPES**

TEMA 1: EL GRAN TEMA DEL SENTIDO DE LA VIDA

[GS 4]

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

⁵⁴Decía también a la gente: «Cuando veis subir una nube por el poniente, decís enseguida: “Va a caer un aguacero”, y así sucede. ⁵⁵ Cuando sopla el sur decís: “Va a hacer bochorno”, y sucede. ⁵⁶ Hipócritas: sabéis interpretar el aspecto de la tierra y del cielo, pues ¿cómo no sabéis interpretar el tiempo presente? ⁵⁷ ¿Cómo no sabéis juzgar vosotros mismos lo que es justo? Lc 12, 54-57

3. Tema y comentario

Eliminar la presencia de Dios en la sociedad es, en muchos casos, eliminar la esperanza de nuestro tiempo.

La pandemia de COVID-19 ha aumentado la incertidumbre y la ansiedad. **La llamada del papa Francisco para retomar la búsqueda del sentido de la vida en vistas al Jubileo 2025 es un recordatorio de que la humanidad ha estado buscando el sentido de la vida desde tiempos inmemoriales.** El gran tema del sentido de la vida es también protagonista de *Gaudium et Spes*.

La experiencia de la guerra, de la enfermedad, del sufrimiento y de la muerte despiertan de manera apremiante la pregunta por el sentido de la vida. **Una mirada a nuestro mundo nos permite trazar un escenario del dolor y de la necesidad de sentido en tantas circunstancias.**

El nuncio en **Ucrania**, Mons. Kulbokas reflexiona sobre la maldad de la guerra y cómo Dios nos da la libertad de actuar, pero también nos invita a convertir nuestros corazones y buscar la paz porque la conversión es la clave para encontrar el sentido de la vida, incluso en medio de una guerra “sin sentido”.

En **Lourdes y en tantos otros lugares de peregrinación del mundo** que suponen el encuentro con Dios y con su misericordia, la peregrinación puede ayudar a aliviar el misterio de por qué los niños sufren, al igual que muchos peregrinos que encuentran en cada santuario un lugar para pedir fuerza y ayuda. Se pide un milagro a la Virgen, pero en realidad, se está allí para pedir fuerza para soportar su situación y sostener a los que están cerca.

Los refugiados son también constantes en el testimonio de los papas que encuentran en ellos una llamada a la responsabilidad y al mismo tiempo un esfuerzo para la esperanza. El papa Francisco ha sido muy cercano a los refugiados y migrantes y ha empleado muchas palabras y acciones para apoyarlos durante su pontificado. Durante su viaje a Chipre y Lesbos en 2021, el papa se refirió a los refugiados como “descartados” y pidió que se miraran a sus rostros para despertar de la “indiferencia”.

También **el mundo detrás de las rejas** es una realidad que se debe mirar con compasión. Algunos presos encuentran en la prisión un sentido y una oportunidad de redención.

La reflexión sobre la muerte y la forma en que la fe cristiana puede ayudar a las personas a superar el dolor son enseñanza de la vida que la Iglesia acoge como experiencia propia. **Si se deposita la carga del dolor y del vacío en Dios, se puede continuar la vida con la paz de que los seres queridos ya tienen vida verdadera en Él.**

Además de todas estas situaciones de sentido oculto o de sinsentido, **hay muchas grandes preguntas existenciales que necesitan una respuesta y que abarcan desde la guerra y la enfermedad hasta la muerte y la angustia cotidiana.**

Los intentos por dar respuesta a las situaciones de dificultad provienen de muchas partes. Por ejemplo, la pasión por el conocimiento y la creatividad, la ciencia misma, puede y tiene la responsabilidad de construir la paz. No obstante, aunque **la ciencia y la religión no se contradicen, tienen enfoques diferentes que pueden ayudarse para dar respuestas a un mundo necesitado de sentido.** Por eso los papas invitan al diálogo entre ciencia y fe para enriquecer el pensamiento y respetar la centralidad de la persona humana, son realidades complementarias e inseparables.

Ante estos interrogantes, que se repiten de generación en generación, «es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época —leemos en la *Gaudium et Spes*— e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza».

A partir de estas consideraciones, **la Iglesia se mueve para dar respuestas a las grandes preguntas. Parte, por lo tanto, de la vida cotidiana de cada persona, del corazón de los grandes acontecimientos de la historia, de las fatigas y de las alegrías humanas, de las relaciones con las personas.**

El sentido más profundo para la propia existencia—resume *Gaudium et spes*— únicamente puede darlo Dios mismo. Aquel que nos considera hijos, que pensó en nosotros incluso antes de que nació, y que quiso que cada uno fuera único, irrepetible, indispensable, en esta tierra. **Este es el sentido de la vida que la Iglesia propone a los hombres.**

La Iglesia siempre ha tratado de ofrecer esta respuesta a la humanidad a través de la interpretación de los signos de la época y a partir de la vida cotidiana de las personas, de su testimonio cristiano, basado en la proclamación concreta de la fe.

Así **en nuestros días, la expresión concreta de la fe, la religión y la creencia en Dios son causas del sentido de la existencia para muchas personas en el mundo. Eliminar la presencia de Dios en la sociedad es, en muchos casos, eliminar la esperanza de nuestro tiempo.** Cuando se impuso el ateísmo de Estado en tantos países, y se destruyeron todos los signos de religión, muchos mártires, laicos, sacerdotes y religiosos, murieron por preservar su fe. **La *Gaudium et spes* advierte que la imposición del ateísmo es un esfuerzo inútil, mientras que la religión abre mentes y corazones, y la sed de Dios es una parte inherente de la humanidad.**

4. Textos de la Constitución *Gaudium Et Spes*

«Para cumplir esta misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a **los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas**. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza. He aquí algunos rasgos fundamentales del mundo moderno. El género humano se halla en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados, que progresivamente se extienden al universo entero. Los provoca el hombre con su inteligencia y su dinamismo creador; pero recaen luego sobre el hombre, sobre sus juicios y deseos individuales y colectivos, sobre sus modos de pensar y sobre su comportamiento para con las realidades y los hombres con quienes convive. Tan es así esto, que **se puede ya hablar de una verdadera metamorfosis social y cultural**, que redundará también en la vida religiosa. Como ocurre en toda crisis de crecimiento, esta transformación trae consigo no leves dificultades. [...] Afectados por tan compleja situación, muchos de nuestros contemporáneos difícilmente llegan a **conocer los valores permanentes** y a compaginarlos con exactitud al mismo tiempo con los nuevos descubrimientos. La inquietud los atormenta, y se preguntan, entre angustias y esperanzas, sobre la actual evolución del mundo. El curso de la historia presente es un desafío al hombre que le obliga a responder». (*Gaudium et spes*, n. 4)

Comentario

El ser humano no puede evitar preguntarse por el sentido de la vida y buscarlo. Estamos hechos para encontrar la finalidad de las cosas, incluyendo el sentido, la finalidad, de nuestra vida presente y futura. ¿Dónde está ese sentido?, ¿para qué estamos hechos? La cuestión, lo sabemos, no es inventar el sentido de la vida, sino descubrirlo. El reto es hacerlo en medio de tantas ofertas, cambios, voces, cantos de sirena, trampas. ¿Cómo hacerlo? El lema de los Cartujos reza «Stat Crux dum volvitur orbis» («La Cruz permanece mientras el mundo da vueltas»). Da que pensar. Hay algo eterno e inamovible en medio de lo vertiginoso de la historia y de la cultura. El Señor también habla de construir sobre roca y no sobre arena (Lc 6,47-49), y que el mundo pasará, pero sus palabras no pasarán (Mt 24,35). ¿No radica la verdadera sabiduría en saber buscar eso que no pasa y construir sobre eso la propia vida?

5. Preguntas y reflexiones

¿Cuáles son los «perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y futura?, ¿cómo los formularías?, ¿por qué no pasan de moda a pesar de todos los cambios sociales y culturales?

De modo análogo, ¿cuáles son esos «valores permanentes» que, en medio de los cambios de la historia, siempre debemos tener presentes?, ¿cómo «compaginarlos» con el tiempo actual?

¿Qué lugar ocupa la fe en todo este amasijo de preguntas sobre el sentido de la vida?

6. Acción concreta

Podría ser enriquecedor concertar alguna entrevista (conversación) con personas que nos inspiren sabiduría y con un largo recorrido vital (tal vez un monje o una monja, un sacerdote,

un anciano de mirada serena) y plantearles estos o similares interrogantes: “¿cuál es para ti el sentido de la vida?, ¿cómo lo has ido descubriendo a lo largo de la vida?”

7. Padre Nuestro

TEMA 2: LA FAMILIA

[GS 47-52]

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

¹Cuando acabó Jesús estos discursos, partió de Galilea y vino a la región de Judea, al otro lado del Jordán. ²Lo seguía una gran multitud y él los curaba allí. ³Se acercaron a Jesús unos fariseos y le preguntaron, para ponerlo a prueba: «¿Es lícito a un hombre repudiar a su mujer por cualquier motivo?». ⁴Él les respondió: «¿No habéis leído que el Creador, en el principio, los creó hombre y mujer, ⁵y dijo: “Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, ¿y serán los dos una sola carne”? ⁶De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Pues lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre». Mt 19, 1 – 6

⁵²Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres. Lc 2, 52

3. Tema y comentario

La familia es una aventura única y apasionante. Requiere valor, paciencia e humildad. Esa humildad que antepone el “tú” por el “yo”.

El Concilio Vaticano II define la familia como la primera célula social y el primer entorno en el que se aprende y se vive la fe. La familia es, además, la primera escuela, el primer hospital y la primera Iglesia doméstica.

La Iglesia parte de que la familia es una inversión para el bien del país, y en consecuencia, de la sociedad. Por eso, la Gaudium et Spes señala el valor y la necesidad de las ayudas a las familias. **Asuntos como la maternidad y la paternidad deben de ser ejes centrales en las políticas sociales.** De esta manera, podrán ofrecer incentivos a las familias de forma proporcional al número de hijos que tengan.

La sociedad actual tiene cada día menos matrimonios e hijos. Pero todavía es posible revivir la esperanza de la familia a través de la fe, que considera la familia como un recurso inagotable.

El Concilio afirma que la familia es una comunidad de vida y amor conyugal fundada en el matrimonio, basado en el consentimiento libre y personal de los novios. La promesa de “para siempre” en el matrimonio es parte de nuestra naturaleza y responde al deseo del corazón humano. La encíclica Gaudium et spes reitera que **el consentimiento matrimonial es irrevocable y procede de la ley divina.** El vínculo sagrado del matrimonio es fundamental para el bien de los hijos y las sociedades.

¿Todo esto significa que es imposible el fracaso? No. **La Iglesia reconoce que el fracaso matrimonial es posible, pero que la separación solo debe ser un recurso extremo en casos de violencia, injusticia o explotación.**

La Iglesia también acoge a parejas en dificultad, separados y divorciados y les asegura que no son excluidos de la comunidad. El papa Francisco enfatiza que deben ser tratados con amor y comprensión.

Los fracasos, las dificultades y nuestro vivir en un tiempo en el que los vínculos parecen siempre más frágiles, hacen que sea todavía más importante el testimonio cristiano sobre la belleza de la familia.

En el centro de la familia, están los hijos. El matrimonio está ordenado a la procreación y a la educación de los hijos. La apertura a la vida es una misión del matrimonio. Las familias numerosas, aunque tengan dificultades económicas, son fuente de alegría y dan testimonio del Evangelio.

El matrimonio tiene como fin la mutua entrega de los esposos, la felicidad de ambos, y **no solo traer hijos al mundo**. Aunque los hijos no lleguen, sigue siendo una comunión para toda la vida.

El amor conyugal es un acto humano único e incondicional. **Se expresa y se desarrolla a través de los actos sexuales honestos y dignos.** Las relaciones sexuales refuerzan el amor conyugal y ayudan a salir de uno mismo y a centrarse en el otro. **Sin embargo, en la sociedad actual, la sexualidad se presenta como la búsqueda del placer individual.**

La Iglesia ha reflexionado sobre la sexualidad y el erotismo en el seno del matrimonio desde sus mismos orígenes, últimamente desde Pío XII, san Juan XXIII, san Pablo VI, san Juan Pablo II hasta el papa Francisco. Este último, en su exhortación “Amoris Laetitia” afirma que la sexualidad es un lenguaje interpersonal que debe ser visto como un Don de Dios que embellece el amor entre cónyuges. De hecho, el amor entre ellos, puede profundizarse con el tiempo, incluso cuando el cuerpo cambia su apariencia.

La naturaleza humana ofrece la opción de métodos naturales para el control de la fertilidad. Estos se basan en el cálculo de los períodos fértiles de la mujer para evitar temporalmente un nuevo embarazo, respetando la ley moral. Respecto al aborto, la posición del Concilio es muy clara. Dios es el dueño de la vida y una vez concebida, hay que defenderla y protegerla. El aborto es un crimen.

Gaudium et Spes reivindica también la igual dignidad entre hombres y mujeres. Y, aunque se ha avanzado mucho en la igualdad dignidad de hombre y mujer, todavía existen mentalidades machistas. El Concilio afirma la promoción social de la mujer, y explica que una auténtica promoción viene de la libre elección de la madre de trabajar o no fuera de casa.

La familia es el principal medio de transmisión de la fe y del anuncio evangélico a través del testimonio y ejemplos concretos de vida de los padres.

La vida cristiana de los cónyuges es fundamental para educar a sus hijos en la fe y ayudarlos a encontrar su camino hacia la santidad. Antes de las catequesis, **los hijos necesitan el ejemplo de sus padres en los primeros pasos de la vida de la fe.** Hoy, el testimonio diario de los cónyuges cristianos es más importante que nunca debido al avance de la secularización.

Los hijos también, que han recibido la vida, la educación y la primera catequesis cristiana, contribuyen a su vez a la santificación de sus padres. Los primeros tienen el deber de estar agradecidos por todo lo que sus padres y madres han hecho, entregándose y sacrificándose por ellos; y cuando sean mayores, y a su vez necesitarán ayuda y cuidados, sabrán devolver lo que recibieron.

El Concilio también habla sobre la soledad de la viudedad. Los padres conciliares piden que se honre a quienes pierden a su cónyuge. Muchos padres solos y familias en dificultad reciben ayuda espiritual y material de otras familias cristianas convirtiéndose en misioneras de Jesús y la Iglesia. Este acto de ayuda mutua entre familias sin vínculos es un milagro. En sociedades individualistas, la solidaridad entre familias y la ayuda mutua tienen un fuerte impacto misionero. Familias abiertas a acoger, que brindan escucha y ayuda a sus vecinos, representan un primer testimonio cristiano, sin necesidad de palabras, sino con acciones concretas y cercanía.

En conclusión, la familia es una aventura única y apasionante. Requiere valor, paciencia e humildad. Esa humildad que antepone el “tú” por el “yo”.

4. Textos de la Constitución Gaudium Et Spes

El carácter sagrado del matrimonio y de la familia.

48. Fundada por el Creador y en posesión de sus propias leyes, la íntima comunidad conyugal de vida y amor se establece sobre la alianza de los cónyuges, es decir, sobre su consentimiento personal e irrevocable. Así, del acto humano por el cual los esposos se dan y se reciben mutuamente, nace, aun ante la sociedad, una institución confirmada por la ley divina. Este vínculo sagrado, en atención al bien tanto de los esposos y de la prole como de la sociedad, no depende de la decisión humana. Pues es el mismo Dios el autor del matrimonio, al cual ha dotado con bienes y fines varios, todo lo cual es de suma importancia para la continuación del género humano, para el provecho personal de cada miembro de la familia y su suerte eterna, para la dignidad, estabilidad, paz y prosperidad de la misma familia y de toda la sociedad humana. Por su índole natural, la institución del matrimonio y el amor conyugal están ordenados por sí mismos a la procreación y a la educación de la prole, con las que se ciñen como con su corona propia. De esta manera, el marido y la mujer, que por el pacto conyugal ya no son dos, sino una sola carne (*Mt 19,6*), con la unión íntima de sus personas y actividades se ayudan y se sostienen mutuamente, adquieren conciencia de su unidad y la logran cada vez más plenamente. Esta íntima unión, como mutua entrega de dos personas, lo mismo que el bien de los hijos, exigen plena fidelidad conyugal y urgen su indisoluble unidad.

Cristo nuestro Señor bendijo abundantemente este amor multiforme, nacido de la fuente divina de la caridad y que está formado a semejanza de su unión con la Iglesia. Porque, así como Dios antiguamente se adelantó a unirse a su pueblo por una alianza de amor y de fidelidad, así ahora el Salvador de los hombres y Esposo de la Iglesia sale al encuentro de los esposos cristianos por medio del sacramento del matrimonio. Además, permanece con ellos para que los esposos, con su mutua entrega, se amen con perpetua fidelidad, como El mismo amó a la Iglesia y se entregó por ella. El genuino amor conyugal es asumido en el amor divino y se rige y enriquece por la virtud redentora de Cristo y la acción salvífica de la Iglesia para conducir eficazmente a los cónyuges a Dios y ayudarlos y fortalecerlos en la sublime misión de la paternidad y la maternidad. Por ello los esposos cristianos, para cumplir dignamente sus deberes de estado, están fortificados y como consagrados por un

sacramento especial, con cuya virtud, al cumplir su misión conyugal y familiar, imbuidos del espíritu de Cristo, que satura toda su vida de fe, esperanza y caridad, llegan cada vez más a su propia perfección y a su mutua santificación, y, por tanto, conjuntamente, a la glorificación de Dios.

Gracias precisamente a los padres, que precederán con el ejemplo y la oración en familia, los hijos y aun los demás que viven en el círculo familiar encontrarán más fácilmente el camino del sentido humano, de la salvación y de la santidad. En cuanto a los esposos, ennoblecidos por la dignidad y la función de padre y de madre, realizarán concienzudamente el deber de la educación, principalmente religiosa, que a ellos, sobre todo, compete.

Los hijos, como miembros vivos de la familia, contribuyen, a su manera, a la santificación de los padres. Pues con el agradecimiento, la piedad filial y la confianza corresponderán a los beneficios recibidos de sus padres y, como hijos, los asistirán en las dificultades de la existencia y en la soledad, aceptada con fortaleza de ánimo, será honrada por todos. La familia hará partícipes a otras familias, generosamente, de sus riquezas espirituales. Así es como la familia cristiana, cuyo origen está en el matrimonio, que es imagen y participación de la alianza de amor entre Cristo y la Iglesia, manifestará a todos la presencia viva del Salvador en el mundo y la auténtica naturaleza de la Iglesia, ya por el amor, la generosa fecundidad, la unidad y fidelidad de los esposos, ya por la cooperación amorosa de todos sus miembros.

El progreso del matrimonio y de la familia, obra de todos.

52. La familia es escuela del más rico humanismo. Para que pueda lograr la plenitud de su vida y misión se requieren un clima de benévola comunicación y unión de propósitos entre los cónyuges y una cuidadosa cooperación de los padres en la educación de los hijos. La activa presencia del padre contribuye sobremanera a la formación de los hijos; pero también debe asegurarse el cuidado de la madre en el hogar, que necesitan principalmente los niños menores, sin dejar por eso a un lado la legítima promoción social de la mujer. La educación de los hijos ha de ser tal, que al llegar a la edad adulta puedan, con pleno sentido de la responsabilidad, seguir la vocación, aun la sagrada, y escoger estado de vida; y si éste es el matrimonio, puedan fundar una familia propia en condiciones morales, sociales y económicas adecuadas. Es propio de los padres o de los tutores guiar a los jóvenes con prudentes consejos, que ellos deben oír con gusto, al tratar de fundar una familia, evitando, sin embargo, toda coacción directa o indirecta que les lleve a casarse o a elegir determinada persona.

Así, la familia, en la que distintas generaciones coinciden y se ayudan mutuamente a lograr una mayor sabiduría y a armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social, constituye el fundamento de la sociedad. Por ello todos los que influyen en las comunidades y grupos sociales deben contribuir eficazmente al progreso del matrimonio y de la familia. El poder civil ha de considerar obligación suya sagrada reconocer la verdadera naturaleza del matrimonio y de la familia, protegerla y ayudarla, asegurar la moralidad pública y favorecer la prosperidad doméstica. Hay que salvaguardar el derecho de los padres a procrear y a educar en el seno de la familia a sus hijos. Se debe proteger con legislación adecuada y diversas instituciones y ayudar de forma suficiente a aquellos que desgraciadamente carecen del bien de una familia propia.

Los cristianos, rescatando el tiempo presente y distinguiendo lo eterno de lo pasajero, promuevan con diligencia los bienes del matrimonio y de la familia así con el testimonio de la propia vida como con la acción concorde con los hombres de buena voluntad, y de esta forma, suprimidas las dificultades, satisfarán las necesidades de la familia y las ventajas adecuadas a los nuevos tiempos. Para obtener este fin ayudarán mucho el sentido cristiano de los fieles, la recta conciencia moral de los hombres y la sabiduría y competencia de las personas versadas en las ciencias sagradas.

Los científicos, principalmente los biólogos, los médicos, los sociólogos y los psicólogos, pueden contribuir mucho al bien del matrimonio y de la familia y a la paz de las conciencias si se esfuerzan por aclarar más a fondo, con estudios convergentes, las diversas circunstancias favorables a la honesta ordenación de la procreación humana.

Pertenece a los sacerdotes, debidamente preparados en el tema de la familia, fomentar la vocación de los esposos en la vida conyugal y familiar con distintos medios pastorales, con la predicación de la palabra de Dios, con el culto litúrgico y otras ayudas espirituales; fortalecerlos humana y pacientemente en las dificultades y confortarlos en la caridad para que formen familias realmente espléndidas.

Las diversas obras, especialmente las asociaciones familiares, pondrán todo el empeño posible en instruir a los jóvenes y a los cónyuges mismos, principalmente a los recién casados, en la doctrina y en la acción y en formarlos para la vida familiar, social y apostólica. Los propios cónyuges, finalmente, hechos a imagen de Dios vivo y constituidos en el verdadero orden de personas, vivan unidos, con el mismo cariño, modo de pensar idéntico y mutua santidad, para que, habiendo seguido a Cristo, principio de vida, en los gozos y sacrificios de su vocación por medio de su fiel amor, sean testigos de aquel misterio de amor que el Señor con su muerte y resurrección reveló al mundo.

Comentario

En los últimos años, las familias han sufrido una transformación drástica. En muchos lugares, gran cantidad de matrimonios terminan en divorcio. La unión libre es cada vez más común y cada vez más niños nacen de parejas no casadas.

Desde nuestra visión cristiana estamos llamados a mirar con preocupación esta situación y trabajar por la vitalidad de nuestras familias. Problemas, dificultades, tiempos de crisis pueden desanimarnos, pero **nuestra fe y nuestros valores** nos comprometen a **mirar al futuro**. Compartimos la reflexión del Papa Francisco, quien nos propone a la Familia de Nazaret como el modelo hacia el cual estamos llamados a tender y volver siempre. Nos decía el Papa: *La liturgia nos invita a contemplar a la Sagrada Familia de Jesús, María y José. Es hermoso pensar en el hecho de que el Hijo de Dios ha querido tener, como todos los niños, la necesidad del calor de una familia. Precisamente por esto, porque es la familia de Jesús, la de Nazaret es la familia-modelo, en la que todas las familias del mundo pueden hallar su sólido punto de referencia y una firme inspiración. En Nazaret brotó la primavera de la vida humana del Hijo de Dios, en el instante en que fue concebido por obra del Espíritu Santo en el seno virginal de María. Entre las paredes acogedoras de la casa de Nazaret se desarrolló en un ambiente de alegría la infancia de Jesús, rodeado de la solicitud maternal de María y los cuidados de José, en el que Jesús pudo ver la ternura de Dios* (cf. Carta apost. *Patris corde*, 2).

A imitación de la Sagrada Familia, estamos llamados a **redescubrir el valor educativo del núcleo familiar**, que debe fundamentarse en el amor que siempre regenera las relaciones abriendo horizontes de esperanza. En la familia se podrá experimentar una comunión sincera cuando sea una casa de oración, cuando los afectos sean serios, profundos, puros, cuando el perdón prevalezca sobre las discordias, cuando la dureza cotidiana del vivir sea suavizada por la ternura mutua y por la serena adhesión a la voluntad de Dios. De esta manera, la familia se abre a la alegría que Dios da a todos aquellos que saben dar con alegría. Al mismo tiempo, halla la energía espiritual para abrirse al exterior, a los demás, al servicio de sus hermanos, a la colaboración para la construcción de un mundo siempre nuevo y mejor; capaz, por tanto, de ser portadora de estímulos positivos; la familia evangeliza con el ejemplo de vida.

El Evangelio invita a las familias a percibir la luz de esperanza que mana de la casa de Nazaret, en la cual se ha desarrollado en la alegría, la infancia de Jesús, el cual – dice San Lucas - «iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, delante de Dios y de los hombres» (2,52). El núcleo familiar de Jesús, María y José es para todo creyente, y en especial para las familias, una auténtica escuela del Evangelio. Aquí admiramos el cumplimiento del plan divino de hacer de la familia una especial comunidad de vida y de amor. Aquí aprendemos que todo núcleo familiar cristiano está llamado a ser 'Iglesia doméstica', para hacer resplandecer las virtudes evangélicas y volverse fermento de bien en la sociedad. Los rasgos típicos de la Sagrada Familia son: recogimiento y oración, mutua comprensión y respeto, espíritu de sacrificio, trabajo y solidaridad.

Es en la familia unida que los hijos alcanzan la madurez de su existencia, viviendo la experiencia significativa y eficaz del amor gratuito, de la ternura, del respeto recíproco, de la comprensión mutua, del perdón y de la alegría.

Si no se abre la puerta de la familia a la presencia de Dios y a su amor, la familia pierde la armonía, prevalecen los individualismos y se apaga la alegría. Sin embargo, la familia que vive la alegría de la fe, la comunica espontáneamente, es sal de la tierra y luz del mundo, es levadura para toda la sociedad.

5. Preguntas y reflexiones

¿Qué factores están desencadenando estos cambios en la estructura familiar? ¿Qué estamos comunicando en nuestras familias?

¿Qué valores nos invita a incorporar y a seguir trabajando en nuestras familias?

¿Qué podríamos hacer desde la Parroquia, Diócesis..., ¿para acompañar a las familias?

6. Acción concreta

Realizar un encuentro con matrimonios mayores para que den testimonio de su matrimonio: fidelidad, entrega, ...

7. Padre Nuestro

TEMA 3: EL DIÁLOGO COMO INSTRUMENTO

[GS 83-93]

1. Oración inicial

2. Escuchamos la Palabra

³⁴*Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también unos a otros.* ³⁵*En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros». Jn 13, 34 – 35*

²⁵*Por lo tanto, dejaos de mentiras, hable cada uno con verdad a su prójimo, que somos miembros unos de otros.*

²⁹*Malas palabras no salgan de vuestra boca; lo que digáis sea bueno, constructivo y oportuno, así hará bien a los que lo oyen.* ³⁰*No entristezcáis al Espíritu Santo de Dios con que él os ha sellado para el día de la liberación final.* ³¹*Desterrad de vosotros la amargura, la ira, los enfados e insultos y toda maldad.* ³²*Sed buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo. Ef 4, 25.29 - 32*

3. Tema y comentario

Las nuevas normas o las nuevas reglas tienen que pensarse con prudencia y equidad, con una adecuada escucha de todas las partes interesadas, sobre todo los que serán las primeras víctimas de sus efectos.

En los tiempos del Concilio Vaticano II y de la discusión de la *Gaudium et spes*, el mundo estaba en pleno cambio de época también, y no en una simple «época de cambio». **Actualmente**, después de la pandemia, con un conflicto en el corazón de Europa, con una tercera guerra mundial “a trozos”, **se puede ver un cambio de época tan complejo y abrumador como el de hace sesenta años, y tal vez aún más dramático.** La legítima aspiración al progreso de los pueblos se pone en riesgo por la desigualdad que deja fuera a algunas comunidades de este camino de crecimiento. La historia de los últimos años y la crónica de los últimos meses han hecho que empezara la crisis de la fe en el progreso. **En lugar de una inconsistente y utópica fe en el progreso, que la misma historia ha querido poner en crisis, el cristiano está llamado a poner en el centro a la esperanza, la verdadera esperanza cristiana que supera la propia idea de progreso.** La ciencia o el progreso no redimen al hombre, remarca Benedicto XVI, y esto es evidente para todos: **el hombre se redime a través del amor.** Por lo tanto, **los que no conocen a Dios**, aunque tengan muchas esperanzas, en el fondo **no tienen esperanza ninguna sin la gran esperanza que sostiene toda la vida.** El Concilio **debatíó fuertemente sobre dos puntos importantes que afectan a la esperanza de la humanidad: la cuestión de la guerra, su legitimidad y valor, y la organización de la comunidad internacional.**

En estas y en otras cuestiones fundamentales **la propuesta conciliar tiene el valor de conformarse con las cosas imperfectas, caminar en el mundo de lo posible, y llama a volver a empezar y entregarse al futuro con humilde confianza en Dios y en el hombre hecho a su imagen.** El papa Francisco ha resumido con una fuerza extraordinaria y una claridad inédita **esta propuesta del Concilio Vaticano II con la**

fórmula: «el tiempo es superior al espacio», sabiendo que darle prioridad al tiempo es ocuparse de *iniciar procesos más que de poseer espacios*.

Para la **edificación de la paz**, *Gaudium et Spes* señala la importancia de las **organizaciones internacionales**. Es necesario que estas cooperen y se coordinen mejor y más firmemente y se estimule sin descanso la creación de organismos que promuevan la paz. El planteamiento es el de la opción por el multilateralismo: **Decía san Juan Pablo II que las Naciones Unidas está llamada a ser modelo de las instituciones internacionales: Centro moral, en el que todas las naciones del mundo se sientan como en su casa, desarrollando la conciencia común de ser, por así decir, una “familia de naciones”**. A lo que el papa Francisco añade: **“Es necesaria una reforma «tanto de la Organización de las Naciones Unidas como de la arquitectura económica y financiera internacional, para que se dé una concreción real al concepto de familia de naciones»** .

La aportación de Francisco se ha dibujado de manera clara en la llamada **Economía de Francisco y el concepto de hermandad mundial**, en un momento de una progresiva pérdida de poder de los estados nacionales, en la que además la dimensión económico-financiera, con caracteres transnacionales, tiene tendencias a prevalecer sobre la política. *Gaudium et Spes* apuntaba en esta misma línea que **hace falta valentía y generosidad para establecer libremente objetivos comunes y asegurar el cumplimiento en todo el mundo de algunas normas básicas**. Para que esto sea realmente útil, se debe sostener la exigencia de **mantener los acuerdos suscritos, de manera que se evite «la tentación de apelar al derecho de la fuerza más que a la fuerza del derecho**. Esto requiere **fortalecer la resolución pacífica de las controversias de modo que se refuercen su alcance y su obligatoriedad**.

Este es precisamente el papel de la **diplomacia pontificia**, que **ha desarrollado siempre una especial atención al diálogo, poniendo en el centro al ser humano**. La acción diplomática de la Santa Sede no se conforma con observar los acontecimientos o con evaluar su alcance, ni siquiera puede ser solo una voz crítica. **Está llamada a actuar para facilitar la coexistencia y la convivencia entre las distintas naciones, para promover esa fraternidad entre los pueblos**. El término fraternidad es sinónimo de colaboración activa, de verdadera cooperación, unánime y ordenada, de una solidaridad estructurada en favor del bien común y del de los individuos. Y el bien común, como sabemos, tiene varias relaciones con la paz.

La Santa Sede, en esencia, **trabaja en el escenario internacional**, no para garantizar una seguridad genérica (siempre más difícil en estos tiempos), sino **para apoyar una idea de paz que es fruto de relaciones justas, de respeto de las normas internacionales, de defensa de los derechos humanos fundamentales, sobre todo los de los últimos, los más vulnerables**.

Además de la acción en el escenario internacional y precisamente para llevarla a cabo, **es necesario también replantear el sistema económico mundial**. Indicando los objetivos más urgentes para la construcción de la comunidad internacional, **el n. 85 de la *Gaudium et spes* enumera una lista de prioridades en ámbito económico**, después de las puramente políticas que ya hemos señalado. **Exhorta a una profunda cooperación internacional en el orden económico**. Porque, aunque casi todos los pueblos han

alcanzado la independencia **existen todavía excesivas desigualdades y dependencias inadmisibles.**

Entre estas prioridades, señala el Concilio **cuatro puntos**:

- ☐ que el fin del progreso de un pueblo es la perfección humana de sus habitantes;
- ☐ además los pueblos ya desarrollados tiene obligación grave de ayudar a conseguir ese fin;
- ☐ la comunidad internacional debe regular y estimular el desarrollo para que se invierta con eficacia y equidad;
- ☐ por último, sugiere la necesidad de revisar las estructuras sociales y económicas.

Para esta revisión, **san Juan Pablo II** en *Sollicitudo Rei Socialis* **señala que bajo ciertas decisiones**, aparentemente inspiradas solamente por la economía o la política, **se ocultan verdaderas formas de idolatría**: dinero, ideología, clase social y tecnología. Por eso la situación actual es de sometimiento a estructuras de pecado que impiden el desarrollo de los pueblos. El cambio de las reglas de juego es imprescindible, empezando por las finanzas. **Hace falta reinventar, reequilibrar o integrar el concepto de capitalismo, con la finalidad de hacerlo más humano e inclusivo.** Las nuevas normas o las nuevas reglas tienen que pensarse con prudencia y equidad, con una adecuada escucha de todas las partes interesadas, sobre todo los que serán las primeras víctimas de sus efectos.

Causas y remedios de las discordias

83. Para edificar la paz se requiere ante todo que se desarraiguen las causas de discordia entre los hombres, que son las que alimentan las guerras. Entre esas causas deben desaparecer principalmente las injusticias. No pocas de éstas provienen de las excesivas desigualdades económicas y de la lentitud en la aplicación de las soluciones necesarias. Otras nacen del deseo de dominio y del desprecio por las personas, y, si ahondamos en los motivos más profundos, brotan de la envidia, de la desconfianza, de la soberbia y demás pasiones egoístas. Como el hombre no puede soportar tantas deficiencias en el orden, éstas hacen que, aun sin haber guerras, el mundo esté plagado sin cesar de luchas y violencias entre los hombres. Como, además, existen los mismos males en las relaciones internacionales, es totalmente necesario que, para vencer y prevenir semejantes males y para reprimir las violencias desenfrenadas, las instituciones internacionales cooperen y se coordinen mejor y más firmemente y se estimule sin descanso la creación de organismos que promuevan la paz.

4. Textos de la Constitución Gaudium Et Spes

92. La Iglesia, en virtud de la misión que tiene de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero. Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades, para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único Pueblo de Dios, tanto los pastores como los demás fieles. Los lazos de unión de los fieles son mucho más fuertes que los motivos de división entre ellos. Haya unidad en lo necesario, libertad en lo dudoso, caridad en todo.

Nuestro espíritu abraza al mismo tiempo a los hermanos que todavía no viven unidos a nosotros en la plenitud de comunión y abraza también a sus comunidades. Con todos ellos nos sentimos unidos por la confesión del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo y por el

vínculo de la caridad, conscientes de que la unidad de los cristianos es objeto de esperanzas y de deseos hoy incluso por muchos que no creen en Cristo. Los avances que esta unidad realice en la verdad y en la caridad bajo la poderosa virtud y la paz para el universo mundo. Por ello, con unión de energías y en formas cada vez más adecuadas para lograr hoy con eficacia este importante propósito, procuremos que, ajustándonos cada vez más al Evangelio, cooperemos fraternalmente para servir a la familia humana, que está llamada en Cristo Jesús a ser la familia de los hijos de Dios.

Nos dirigimos también por la misma razón a todos los que creen en Dios y conservan en el legado de sus tradiciones preciados elementos religiosos y humanos, deseando que el coloquio abierto nos mueva a todos a recibir fielmente los impulsos del Espíritu y a ejecutarlos con ánimo alacre.

El deseo de este coloquio, que se siente movido hacia la verdad por impulso exclusivo de la caridad, salvando siempre la necesaria prudencia, no excluye a nadie por parte nuestra, ni siquiera a los que cultivan los bienes esclarecidos del espíritu humano, pero no reconocen todavía al Autor de todos ellos. Ni tampoco excluye a aquellos que se oponen a la Iglesia y la persiguen de varias maneras. Dios Padre es el principio y el fin de todos. Por ello, todos estamos llamados a ser hermanos. En consecuencia, con esta común vocación humana y divina, podemos y debemos cooperar, sin violencias, sin engaños, en verdadera paz, a la edificación del mundo.

Comentario

El verdadero diálogo no tiene que ver con la mera negociación en busca de beneficios particulares: *“Los héroes del futuro serán los que sepan romper esa lógica enfermiza y decidan sostener con respeto una palabra cargada de verdad, más allá de las conveniencias personales. Dios quiera que esos héroes se estén gestando silenciosamente en el corazón de nuestra sociedad”* (Francisco, Enc. *Fratelli Tutti*, 202).

Tampoco con los consensos manipulados o los relativismos impuestos: *“Ante las normas morales que prohíben el mal intrínseco no hay privilegios ni excepciones para nadie. No hay ninguna diferencia entre ser el dueño del mundo o el último de los miserables de la tierra: ante las exigencias morales somos todos absolutamente iguales”* (Juan Pablo II, Enc. *Veritatis splendor*, 96)

Se hace necesario **buscar una nueva cultura que recupere la amabilidad**. Recomenzar, en efecto, desde la verdad, junto con la justicia y la misericordia, con la artesanía de la Paz. Las religiones están llamadas a colaborar en primera línea en ese proyecto. **No se puede hacer callar a Dios ni en la sociedad ni en el corazón del hombre:** *“Cuando, en nombre de una ideología, se quiere expulsar a Dios de la sociedad, se acaba por adorar ídolos, y enseguida el hombre se pierde, su dignidad es pisoteada, sus derechos violados”* (Francisco, Enc. *Fratelli Tutti*, 274). Los cristianos creemos que en Él se encuentra el auténtico manantial de la dignidad humana y de la fraternidad universal.

5. Preguntas y reflexiones

¿Por qué no tiene valor el diálogo en nuestra sociedad? ¿Qué barreras encuentras que dificultan el diálogo en diferentes ambientes?

¿Cómo podríamos fomentar el diálogo en nuestros ambientes? Buscando el intercambio y compartiendo puntos de vista para promover acciones concretas como cristianos presentes en nuestra sociedad.

6. Acción concreta

Buscar momentos de diálogo entre los diferentes grupos de las comunidades parroquiales, colegios y universidades que promuevan salir al encuentro de personas que viven a nuestro alrededor con diferentes realidades y necesidades.

7. Padre Nuestro



VICARÍA DE
EVANGELIZACIÓN
ARCHIDIÓCESIS
DE VALENCIA



ARZOBISPADO
DE VALENCIA